

6.

ONA

ES.





0

BARCELONA

A

SANTA TERESA DE JESÚS

1923

BARCELONA A SANTA TERESA DE JESUS



LA MÍSTICA DOCTORA SANTA TERESA DE JESÚS
(TERESA DE CEPEDA Y DE AHUMADA, 1515-1582)

(Talla del escultor Castellanas)

TERCER CENTENARIO DE LA CANONIZACIÓN
DE SANTA TERESA DE JESÚS

BARCELONA
A SANTA TERESA DE JESÚS

DISCURSOS LEÍDOS EN EL
PARANINFO DE LA UNI-
VERSIDAD EL DÍA 26 DE
NOVIEMBRE DE 1922



Imprenta de EUGENIO SUBIRANA, Editor pontificio
Calle de la Puertaferriosa, 14 — BARCELONA — 1923

CENSURA

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,

Dr. Joaquín Sendra y Pastor
Canónigo

Barcelona, 18 de abril de 1923

IMPRÍMASE

RAMÓN, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Rdma. el Obispo,
mi Señor,

Dr. Juan Boada y Camps,
Secretario

BARCELONA A SANTA TERESA
DE JESÚS EN EL TERCER CEN-
TENARIO DE SU CANONIZACIÓN

Valor social del misticismo de Santa
Teresa, por el Dr. COSME PARPAL.
— La Mujer y la Santa, por el Padre
GRACIANO MARTÍNEZ, O. S. A. —
Santa Teresa en la pedagogía, por la
:: :: :: Srta. CARMEN CUESTA :: :: ::

BARCELONA
A SANTA TERESA DE JESÚS

CRÓNICA



CRÓNICA TERESIANA

Barcelona por Santa Teresa

Al cumplirse los tres siglos de la gloriosa Canonización de la Doctora Mística, la ciudad de Barcelona que ya tiene una tradición de afectos y devociones a la Santa Reformadora del Carmelo, respondió con noble entusiasmo para honrar con extraordinarios cultos a la singular Virgen Avilesa.

Desde lejanos años, son monumento del afecto y devoción de los barceloneses a Santa Teresa de Jesús: la generosa hospitalidad dispensada a los Religiosos y Religiosas del Carmelo, y la generosidad maternal con que la Ciudad de los Condes ofreció con mano pródiga a muchos de sus hijos y nobles hijas ora caudales ora terrenos para aumentar las Moradas de perfección religiosa abiertas por la mano de la Santa Madre.

En el año 1615, el noble barcelonés don José de Dalmau, del Consejo de Su Majestad, hacía imprimir el libro de la *Relación de las fiestas que se celebraron en Barcelona y en otras partes de Cataluña por la Beatificación de Santa Teresa de Jesús*, y son aquellas páginas un memorial ingenioso de la devoción de los catalanes a la Santa Madre Teresa de Jesús. La Musa catalana entonó nobles acentos en elogio de la egregia Santa de Avila.

Fueron los Hijos de Santa Teresa de Jesús nuestros maestros en la tierna y filial devoción al Pa-

triarca San José, Clavario de todas las Casas Carmelitanas, por práctica enseñada por Santa Teresa, hasta el punto de que en nuestra ciudad llamaron *Josepets* nuestros mayores a los PP. Carmelitas.

Estos popularizaron aquí los escritos de la Santa Doctora y de San Juan de la Cruz; robustecieron la ascética carmelitana en la cual iniciaron a sus devotos, con una serie de publicaciones devotas cuya bibliografía es por extremo llena de interés para el erudito.

El convento del Carmen de Barcelona, es un centro de propaganda piadosa por medio de mil variados impresos, con talleres tipográficos propios, y lo que es más, con dibujo y fundición de tipos tan bellos y elegantes, que los impresores de Cataluña acuden a los PP. Carmelitas de aquel entonces para poseer letra por ellos fundida.

Siempre los grandes fastos Teresianos fueron celebrados con gran esplendor. Es memorable la velada literaria que en la noche del 15 de octubre de 1882 dió en su Palacio Episcopal, en el Salón del Trono, el Excmo. doctor D. José M.^a Urquinaona y Bidot, Prelado de santa memoria. El sabio y santo obispo barcelonés quiso que se conmemorara, de manera solemne y en su propia casa residencial, el Tercer Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús, con lectura de trabajos originales que luego mandó imprimir.

Todas las fechas memorables de la vida de la Santa Doctora, celebradas en España, tuvieron eco e iniciativas espontáneas entre los barceloneses.

De Barcelona es también, por impresión y patria del autor, el libro *Glorias Teresianas de Cataluña*, publicado en 1888 por el P. José Recoder, de la Congregación de la Misión, en el cual quedan consignados para los venideros el fervor y cariño que la ciudad, cuna de San José Oriol, profesó en todo tiempo a la sin par Doctora del Carmelo.

La devoción fervorosa de Barcelona a Santa Teresa de Jesús es, por ende, una ejecutoria fehaciente de nuestra espiritualidad; la ascesis cristiana, la vida del espíritu, corren en el corazón de los barceloneses curso paralelo con la vida de acción, que ha hecho de esta ciudad un emporio de riquezas.

Hoy como ayer

Al concurrir con el año 1922 el Tercer Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús, España que se gloria con el envidiable título de ser su patria, quiso de nuevo tributar cultos y honores extraordinarios a la Santa Compatrona del Reino, y la Junta Central del Centenario, creada en Madrid, bajo la presidencia de S. A. la Infanta Doña Isabel, recabó del celo de los Rdmos. Prelados diocesanos la formación de respectivas juntas locales, con el fin de promover extraordinarios festejos, de carácter religioso y literario, en honor de la Santa.

El Obispo de esta diócesis de Barcelona, Excelentísimo y Rdmo. Doctor don Ramón Guillamet y Coma, personalmente devotísimo y admirador de Santa Teresa de Jesús, insigne maestra de vida espiritual, y concedor de la gloriosa tradición teresiana en la capital de su obispado, quiso secundar con creces la iniciativa de homenajear a la Santa Reformadora del Carmelo.

Su Excelencia apeló a la piedad y honorabilidad de las siguientes Damas, a las cuales, por escrito, invitó a formar la Junta Diocesana de Señoras, para promover los actos más convenientes y oportunos, para la celebración del Tercer Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús:

Excma. señora Marquesa de Comillas, Presidenta de Honor.

Excma. señora Marquesa de Villota, Presidenta.

Vocales: Excma. señora Marquesa de Castellodorsius.

Excma. señora Marquesa de San Mori.

Excma. señora Marquesa de Lamadrid.

Excma. señora Condesa de Vilardaga.

Doña Mercedes Pla de Mateu.

Doña Mercedes de Fontcuberta de Pascual.

Doña Teresa Bertrán de Vidal y Quadras.

Doña Carmen Ferrer y Bertrand.

Doña Angeles Martí-Codolar y Pascual.

Doña María Africa Ortembach de Suárez Bravo.

Doña Concepción de Fontcuberta de Alós.

Doña Dolores Sert.

Doña Manuela Masvidal.

Doña Flora de Ossó.

Doña Carmen Bayona.

Doña Rosa Anglora.

Doña Joaquina Pons.

Doña Carmen Arteaga Hérvele.

Doña Rosa Conill.

Dichas señoras, estimándose altamente honradas con el encargo que se dignaba hacerles el venerable Prelado Diocesano, aceptaron por escrito. Las cartas de aceptación constituyen una credencial de religiosidad y de filial afecto al Rdm. señor Obispo, altamente digna para las ilustres damas cuyos nombres acabamos de transcribir.

Actuaron en calidad de Tesorera doña Dolores Sert, y de Secretaria doña Rosa Conill.

Comunicados estos nombramientos a la Serenísimas Señora Infanta Doña Isabel de Borbón, el Excmo. señor Obispo los hizo públicos y se inició la actuación de dicha Junta.

Solemnes cultos

La Ilustre Junta de Damas organizó y celebró los siguientes cultos en honor de Santa Teresa de Jesús:

En los días 16, 17 y 18 de marzo, tuvo lugar un Solemne Triduo en la Iglesia Parroquial de Nuestra Sra. del Pino. Dijeron los panegíricos de la Santa el Rdo. P. Augusto Húpfeld, S. J.; el Muy Ilustre Lic. don José Portolés, Magistral de la Catedral Basílica, y el Rdo. P. Narciso Salazar, O. P.

El día segundo del Triduo hubo Comunión General con plática por el Rdo. P. Rafael del Niño Dios, C. D.

Terminó el Solemne Triduo con la celebración de Misa Pontifical que se dignó aceptar el Excelentísimo señor Obispo.

Las anchas naves del templo mariano de Nuestra Sra. del Pino cobijaron durante este Triduo de cultos teresianos a una ingente multitud de devotos de la Santa Doctora presididos por la ilustre Junta de Obra de la parroquia, resultando actos verdaderamente solemnes y dignos de la piedad teresiana de Barcelona.

El último día, antes de la Reserva, y con asistencia de la Rda. Comunidad, se cantó solemnísimamente *Te Deum*, actuando en todos los actos la capilla de música de la parroquia, dirigida por el maestro Rdo. D. José Masvidal, pbro.

Ya el domingo anterior, 12 de marzo, las Religiosas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, de San Gervasio, honraron a su Patrona con oficio pontifical, que celebró el Excmo. y Rdmto. Sr. Obispo de Lérida, Dr. D. José Miralles, cantándose por un nutrido coro la misa de Haller, con asistencia de selecto y numeroso concurso de fieles y devotos de la ínclita Doctora, siendo esta solemnidad la culmi-

nación de las fiestas dedicadas a su insigne Titular por los Colegios de Teresianas de Barcelona, el cual tuvo su apoteosis en la peregrinación de las alumnas de dichos Colegios a las nobles ciudades castellanas, Avila y Alba de Tormes, cuna y sepulcro de la Reformadora del Carmelo.

En conmemoración del III Centenario de la Canonización de la Seráfica Doctora, la Rda. Comunidad de PP. Carmelitas, la Semana devota del Carmen, la V. O. T., y el Intendente del Ejército con los jefes y oficiales de Intendencia militar de la cuarta Región, celebraron en el Santuario de Nuestra Señora del Carmen, de esta capital, los siguientes actos religiosos :

En el día 7, a las diez, la Rda. Comunidad cantó solemnemente la Misa «Te Deum laudamus», de Perosi, acompañada de orquesta, ocupando la sagrada cátedra el M. Rdo. Padre Guardián del Convento de Religiosos Franciscanos de San Gervasio. Fué celebrante el Muy Ilustre doctor D. Jaime Bruzgueras, Canónigo de esta Catedral.

Por la tarde, a las seis, comenzó la función con el canto del «O. Salutaris», de Durand, practicándose a continuación el ejercicio propio del Triduo, sermón, canto del «Bendita sea tu pureza», de Ballvé; luego Exposición de S. D. M., Bendición, Reserva solemne y canto del Himno del Centenario, del P. Gonzalo, C. D.

Día 8, a las diez, Oficio solemne con orquesta, cantándose la Misa «Hoc est Corpus meum», de Perosi, por los Religiosos de la Comunidad, siendo celebrante el muy Ilustre. doctor D. Pascual Llópez, Deán de la S. I. Catedral y predicando el Rdo. Padre Gonzalo Ereña.

Por la tarde, a las seis, se cantó un Coral de Bach por grandes coros y nutrida orquesta, bajo la dirección del maestro Rdo. Masvidal; ejercicio del

Triduo, «Ave Verum», de Saint-Säens, Sermón, «Ego sum panis vitae», de Masvidal, Exposición de S. D. M., Bendición, Reserva y el Himno del Centenario.

Día 9, a las diez, ofició el Rdm. P. Abad de Montserrat. Elementos del «Orfeo Català» cantaron bajo la dirección del maestro Millet, la «Misa del Papa Marcelo», de Palestrina. Predicó el M. Ilustre doctor don Rogelio Chillida, Canónigo Magistral de Valencia.

Por la tarde, a las seis, se hizo la función con el canto del «Ave verum», de Joaquín de Pres, por elementos del «Orfeo Català»; ejercicio del Triduo; «Al cel blau», de Millet; sermón; «Sursum», del maestro Pérez; Exposición de S. D. M., Bendición y Reserva; «Tantum Ergo», de Victoria, e «Himno del Centenario».

Día 10, a las ocho, Misa de Comunión general con plática, por el Rdo. P. Alfredo Simón, Rector del Colegio del Sagrado Corazón, de PP. Jesuitas. La Capilla que dirige el maestro Masvidal, ejecutó composiciones de Bach, Saint-Saëns y Martínez Imbert.

Por la tarde, a las seis y media, piadoso ejercicio de la «Felicitación Sabatina», y, rezada la Visita a la Reina del Carmelo, se expuso a Su Divina Majestad y se dió la Bendición. Después de la Reserva, la Comunidad entonó la «Salve Carmelitana».

Día 11, a las cinco de la tarde, exposición de S. D. M., Estación, «Ave Verum», de Mozart; Reserva, y se organizó la Procesión, que salió recorriendo las calles adyacentes, y fueron conducidas en andas las imágenes de la seráfica Madre Santa Teresa y de la Reina del Carmelo.

Por concesión especialísima de Su Santidad, los días 8, 9 y 10 se ganó indulgencia plenaria visitando el Santuario de Nuestra Señora del Carmen con

las debidas disposiciones. Además, el Papa se dignó también conceder la indulgencia «Toties quoties», en idénticas condiciones que para el Carmen.

Además, en las Parroquias de la Concepción, Carmen y San José de Gracia, donde hay instituídas Asociaciones teresianas, se celebraron solemnes Triduos y fiestas en honor de la Santa.

Acto literario

Deseando la Ilustre Junta de Damas que los homenajes tributados por la ciudad de Barcelona a Santa Teresa de Jesús se dirigieran a honrar a la sabia Doctora, estimó oportuno organizar una sesión literaria que fuera como el complemento de las solemnidades religiosas.

A este fin, previos los trabajos de organización, se eligió el día 26 de noviembre de 1922, para tributar este homenaje literario a Santa Teresa de Jesús, en el año tricentenario de su gloriosa canonización.

Cedido al efecto el vasto Paraninfo de nuestra Universidad Literaria, se circularon los correspondientes Oficios y lujosos dísticos de invitación personal para dicho acto.

El arabesco salón del Paraninfo universitario presentaba un animado aspecto de júbilo desde antes de las once de la mañana, hora anunciada para el homenaje teresiano. De uno de los púlpitos emergía la severa efigie de la Mística Doctora, preciosa imagen de talla, cedida para dicha solemnidad por el Excmo. señor Conde de Güell.

Numeroso gentío se agolpó en la Plaza de la Universidad para ver llegar a los invitados oficiales al acto. Bajo aquel bello cielo de noviembre, lucían las altas enseñas de las Cofradías y Asociaciones Teresianas.

Su Majestad la Reina Doña Victoria de Battem-

berg (q. D. g.), había delegado su representación augusta en la persona de la Excma. señora Marquesa de Castellidosrius, para presidir el acto literario, y el Excmo. señor Capitán General de la Región, Marqués de Estella, envió el correspondiente piquete de infantería con banda y música, para rendir los honores correspondientes a la representante de S. M. la Reina.

A los acordes de la Marcha Real, franqueó el atrio de la Universidad la Excma. señora Marquesa de Castellidosrius, y llegada al Paraninfo pasó a ocupar la presidencia.

La acompañaron, tomando asiento en el ancho estrado presidencial, el señor Obispo de la Diócesis, Excmo. y Rdmo. Doctor don Ramón Guillamet y Coma, a quien acompañaron los M. Iltres. señores doctor don Francisco de P. Parés, Vicario General, y doctor don Juan Boada, Secretario de Cámara y Gobierno; el Excmo. señor don Manuel Piquer y Martínez, Intendente Militar, por el Excmo. señor Capitán General; el Excmo. señor don Severiano Martínez Anido, Gobernador Civil de la Provincia; el Iltre. señor don José M.^a Sabater, por el Excelentísimo señor Alcalde de la ciudad; representantes de los Excmos. señores Presidentes de la Mancomunidad y de la Diputación Provincial; Fiscal de S. M. y Presidente de la Audiencia; el Ilmo. señor don Magín Fábrega, Vicerrector de la Universidad, por el Excmo. señor Rector; el M. Iltre. Sr. Deán Lic. D. Pascual Llópez y el M. I. Sr. Lic. D. José Portolés en representación del Excelentísimo Cabil-do Catedral, Iltre. Colegio de Párrocos, Comandancia de Marina, Delegación de Hacienda, Decano del Cuerpo Consular, Rector y Profesores del Seminario, Ordenes Religiosas, Entidades culturales y Academias.

Toda Barcelona estaba dignamente representada en el Paraninfo de la Universidad. En efigie

marmórea, los rostros redivivos de aquellos dos grandes admiradores de Santa Teresa: Menéndez y Pelayo, y Milá y Fontanals, egregios maestros de letras humanas.

Declarado abierto el acto, éste se ajustó al Programa que fué como sigue:

1. *Mignon*, apertura, por la Banda Municipal.
2. Discurso por el Doctor don Cosme Parpal y Marqués, catedrático de la Universidad, que versó sobre *El valor social del misticismo de Santa Teresa de Jesús*.
3. *Nada de turbe*, a voces, del Maestro Mas y Serracant.
4. Disertación de la señorita Carmen Cuesta, de la «Institución Teresiana», sobre *Santa Teresa en la Pedagogía*.
5. *Véante mis ojos*, música original del Maestro Vicente M.^a de Gibert, sobre dicha letrilla de Santa Teresa.
6. *Teresa de Jesús, Mujer y Santa*, oración, por el Rdo. P. Graciano Martínez, O. S. A.
7. Himno a Santa Teresa de Jesús, a voces y coro, música original de la Excma. señora Marquesa de Castellidosrius.

El selecto público acogió con religioso silencio las peroraciones literarias y con noble deleite las ejecuciones musicales, tributando prolongados aplausos a los oradores.

Al entonarse el *Himno a Santa Teresa*, vibró solemnemente en el Paraninfo el entusiasmo de los devotos teresianos.

Una interminable salva de aplausos acogió a la representante de Su Majestad la Reina y al venerable Prelado de la Diócesis, al abandonar el salón, terminado el acto.

La Banda Municipal interpretó con maestría la *Marcha Triunfal* del Maestro Sancho Marraco.

Actuaron en la comisión de obsequios una nutrida representación de jóvenes de la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, y de la Academia Calasancia.

Nos abstenemos de hacer el merecido encomio de las disertaciones literarias de este acto teresiano, por cuanto el lector las encontrará a continuación en texto integral.

La Sesión literaria en honor de Santa Teresa de Jesús constituyó un verdadero acontecimiento digno de toda loa y elogio. La Ilustre Junta Diocesana de Damas pudo recoger merecidísimos aplausos a su noble, activa y celosa actuación. Gracias a ellas, la ciudad de Barcelona honró a la Mística Doctora, con actos dignos de la Santa y de la gloriosa tradición Teresiana de esta condal ciudad, como así lo reconocieron los periódicos al publicar extensas reseñas de los actos verificados.

Post scriptum. — El Doctor Parpal

Pocos días después del solemne homenaje literario a Santa Teresa, el Doctor don Cosme Parpal y Marqués, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, que tan importante parte desempeñó en dicho acto, sufrió un ataque de embolia cerebral. Repuesto de su achaque, después de haber inspirado serios cuidados su salud, en el mes de febrero de 1923 falleció tan cristianamente como había vivido, después de una existencia toda dedicada a la enseñanza y a la propaganda religiosa, por medio de valiosos escritos que perpetuarán su recuerdo.

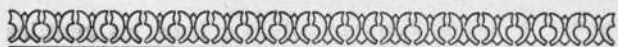
En paz descanse el alma del Doctor Parpal.

VALOR SOCIAL DEL MISTICISMO
DE SANTA TERESA DE JESÚS

POR EL

Dr. D. COSME PARPAL Y MARQUES

PROFESOR DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



VALOR SOCIAL DEL MISTICISMO DE SANTA TERESA DE JESÚS

¡Muy siglo español la decimasexta centuria! En ella culminó el alma ibérica a la mayor altura y pudo ella sola llenar la Historia de Europa, con las más brillantes páginas. De las muralladas ciudades españolas salían, entonces, caballeros, hidalgos y villanos dispuestos a realizar heroicas empresas, alentadas por nobles idealismos. Italia, Flandes, Alemania, Francia, las ignoradas Indias orientales, el legendario Atlántico y la virgen América, eran testigos de las hazañas de nuestros aventureros caudillos, que no siempre rendían al honor caballeresco cuanto éste exigía.

Un afán de proselitismo que es lucha, de lucha que es vida, de vida que es victoria empujaba a nuestros heroicos capitanes del siglo XVI, y fué entonces cuando, más que tierras y tesoros, conquistas y dominios, buscaron hombres y almas tres héroes de la fe, que, libres de los muros viejos que aprisionan y aherrojan los espíritus, volaron en alas de la idealidad española, y en místicos arrebatos y ascéticas actuaciones se colmaron de santidad.

Iñigo de Loyola trocó su espada de soldado llena de valor humano por la Cruz de Cristo y fué el arma terrible contra la Reforma, el martillo de hierro que machacó las tendencias luteranas y formó en pos de él legión ingente de caudillos esforzados, que han admirado al mundo por su virtud y

saber; Francisco Javier volvió a Dios las gentiles naciones poco ha descubiertas por ibéricos capitanes, y fué el santo aventurero que selló con su sangre la obra augusta y heroica del misionero; Teresa de Ahumada es el más excelso tipo de la mujer española, batalladora, inquieta, andariega, proselitista, que levanta llamas por doquier y convierte en campos de rosas y lirios los yermos terruños.

Juntos fueron elevados a los altares, hace trescientos años, al mismo tiempo que aquel otro español San Isidro, el humilde y mesurado labriego de los campos de Madrid, que enalteció el trabajo con la oración y mezcló el perfume del incienso con el olor de tierra mojada. Al recordar hoy tal conmemoración, España, nuestra patria inmortal, patria fecunda y prolífica en hombres extraordinarios se ha conmovido y no ha habido ciudad o aldea que guardara algún recuerdo de aquellos Santos, que no haya querido rivalizar en homenajes a su memoria.

No se ha esparcido aún el perfume de santidad que en Cataluña ha dejado la Semana Ignaciana, cuando se celebra este acto con el cual se cierran las fiestas celebradas en Barcelona en honor de Santa Teresa de Jesús; y, si hay ejecutorias para testimoniar el derecho y el deber del pueblo catalán para festejar la gloriosa estancia del soldado vizcaíno en estas tierras, hay también inconcusas razones para glorificar a la doncella castellana que por derecho propio ha podido exigir que sea este Parainfo el lugar más adecuado para festejarla académicamente, porque es, nuestra insigne Santa, gloria de las letras españolas, y hállanse esparcidas en las páginas de sus escritos fecundas doctrinas de ciencia psicológica, de tal suerte que no hay autor que se ocupe de Psicología religiosa — sea cual fuere el criterio filosófico que sustente — que

no acuda a los libros de Santa Teresa, como el mejor documento para el estudio del criticismo.

Y es providencial el hecho de que en los fastos de la historia de Barcelona se unan hoy, casi sin solución de continuidad, los homenajes a Ignacio de Loyola y a Teresa de Jesús, como hace cuarenta años juntaron dichos nombres, en sendos discursos leídos en el Palacio Episcopal, sede entonces del insigne Urquinaona, dos patriarcas de la cultura catalana: el uno, que fué el apóstol de la apologética seglar de su tiempo, el sabio e ilustre catedrático de esta escuela, el Dr. D. Joaquín Rubió y Ors, y el otro, maestro profundo de los sacerdotes, el sabio Dr. D. José Torras y Bages, después obispo de Vich. Al considerar aquél como escritora a la Virgen de Avila y al estudiar éste la misión de la Santa como fundadora, coincidieron en unir los nombres de San Ignacio y de Santa Teresa «como suscitados, uno y otro personaje, por el Señor, para contrarrestar por diverso camino y con distintos medios el torrente asolador de la herejía (1)», y que, sin conocerse, «no obstante, sus espíritus se encontraron; semejantes entre sí por temperamento natural, la infusión de la gracia divina, que entrambas almas a raudales recibieron del cielo, dióles una misma dirección; y, teniendo dentro de la Iglesia una órbita muy distinta el uno de la otra, no obstante se correspondieron con admirable armonía» (2). Ya Lord Macaulay había dicho que el Protestantismo no había ganado una pulgada de terreno desde mediados del siglo XVI, es decir, desde que San Ignacio y Santa Teresa fueron el alma y cerebro de la reacción católica: el primero

(1) *Santa Teresa de Jesús considerada como escritora*. Barcelona, Subirana, 1882, pág. 6.

(2) *Obras completas*. Vol. V, Barcelona, Editorial Ibérica, 1914, página 80.

— añade — es un gran jefe de partido; la última, pertenece a la humanidad (1).

No es una frase sin valor, la postrera de las citadas del ilustre pensador inglés. Con razón escribe Leuba que la religiosidad de los místicos cristianos es eminentemente social, que su tendencia es a la *universalización de la acción*, es decir, a la *socialización* (2); y, aun cuando el famoso psicólogo, fundador de la teoría de la subconciencia, para explicar el misticismo, no supo entender los estados psíquicos transcendentales de Santa Teresa, sentó una verdad que yo pretendo explicar en mi trabajo, nuevo tributo de devoto respeto y admiración a la genial escritora que tanto ha inquietado mi espíritu en las plácidas horas del estudio o de la cátedra. Mi intento es probar el valor social del misticismo de esta mujer bullidora, que cruzó los campos de Castilla peregrinando en pos de almas, que anduvo en continuo trasiego, que no paró en su activísima vida a pesar de los achaques de enfermedades y años, y realizó toda su obra encerrada en su castillo, volando desde el recogimiento y la oración de quietud hasta los sublimes éxtasis y divinos arrobamientos, en aquellas incomparables moradas, en las que la polémica no asienta su vuelo hasta que, ayudada por la gracia, disfruta de la visión misma de Dios.

No es propio de los laicos ahondar en los misterios de la Fe, ni hablar de las grandezas Teológicas y de los sublimes arcanos de la Divinidad, misión propia del sacerdote que desde su cátedra tiene la asistencia del Espíritu Santo; pero sí es dable a todos creer, y pensar, y acudir a la razón

(1) Citado por J. FITZMAURICE KELLEY, *Historia de la Literatura española*. Traducción de D. A. Bonilla. Madrid, La España Moderna, página 266.

(2) *Revue Philosophique*. Año 27 (1902) julio, pág. 34.

para poder explicar racionalmente lo que a la humana inteligencia le es dado conocer.

He aquí por qué el misticismo puede y debe ser estudiado en el orden de los humanos conocimientos, y así la Ciencia mística, dice Farges (1), es una verdadera ciencia y aun más una ciencia experimental, cuyo aspecto psíquico forma grupo dentro de la Enciclopedia psicológica, en la llamada Psicología transcendental, que en su rama religiosa no puede prescindir en absoluto de las ciencias afines y así el psicólogo no entra en el estudio del elemento sobrenatural de los fenómenos místicos, pero tampoco puede rechazar la intervención de dicho elemento sin el cual quedaría incompleto el concepto del misticismo.

El misticismo es escuela de amor, es elevación del alma a Dios, es sentimiento de presencia de la Divinidad, es íntima compenetración de Dios y del hombre, vuelo del espíritu hasta posarse en Dios, arrebató del alma, suspensión de los sentidos, iluminación divina.

La manifestación más perfecta y suave del amor divino correspondido por el hombre, la perfección del amor: he aquí el misticismo que la Teología explica con pruebas de revelación y de dogma, y la Filosofía admite y defiende con pruebas de razón. No es erotismo, ni pansexualismo, ni histerismo, ni estados morbosos y psicasténicos, sino un estado normal, aunque extraordinario, natural, aunque no común, que se explica perfectamente por leyes psicológicas y, por tanto, estados anímicos admisibles como cualquier otro estado de nuestra actividad psíquica. Y estos estados místicos que empiezan por la quietud, y siguen con la unión y el éxtasis, y acaban con esta especie de maridaje divino, en el

(1) ALBERT FARGES. *Les Phénomènes Mystiques*. Paris, Bonne Presse, 1920.

que se endulza el alma con la suavidad de las caricias del amor, son la sensación intuitiva y amorosa de lo divino que revela la superioridad del alma mística, la cual alcanza lo que no es dable a todos los hombres, aunque sienten agujoneado su espíritu hacia este grado supremo de la jerarquía intelectual. El *desiderium naturale* que alienta en nosotros, llega en un ambiente sobrenatural al más alto grado de contemplación, a aquel en que Dios se le hace presente, y, durante éxtasis, toca por un instante el espíritu humano el término que provoca y orienta todo su pasado.

Son efluvios espirituales, aspiraciones que el alma tiene y que van mucho más lejos de lo que posee en la actualidad; y, así como el genio en arrebatos de inspiración posee esta potencia de síntesis capaz de formar ideas e imágenes completamente nuevas que ninguna ciencia exterior le ha podido comunicar, así los estados místicos son la resultante de esta fuerza atrayente hacia la unidad que en nosotros existe, como una manifestación de esta conciencia operativa que busca esta intuición intelectual, perfección de ella misma. En los estados místicos hallamos la misma actividad fundamental del espíritu que va en busca de su unidad, de nuevas síntesis mentales, del Ideal de perfección que constituye el norte de su actividad evolutiva.

Pero es condición indispensable para que se produzcan estos estados místicos la mayor interiorización, que el alma entre dentro de sí (1) con todo recogimiento «que no es estar en obscuro, ni cerrar los ojos, ni consiste en cosa exterior porque sin quererlo se hace esto de cerrar los ojos y desear soledad y sin artificio parece que se va labrando el edificio para la oración, porque estos sentidos y cosas ex-

(1) SANTA TERESA. *Las Moradas*, Cap. I, pág. 10.

teriores parece que van perdiendo de su derecho para que el alma vaya cobrando el suyo que tenía perdido» (1). Es el principio del propio conocimiento fundamento de toda la doctrina psicológica de nuestros místicos del siglo XVI (2), es la base de toda iniciación mística según repetidas veces se lee en Santa Teresa (3), y de esta suerte se produce la quietud del espíritu y con ella la unión con Dios para, en ascensión admirable, llegar al dulce maridaje del alma con la divinidad que, entonces, recrea a aquella con éxtasis y arrobamientos.

¡ Oh la vida interior, la vida del alma! Es otro autor protestante, R. Encken, el que en nuestros días proclama esta verdad de la vida para todo desenvolvimiento cultural, puesto que una civilización que quisiera desligarse por completo del hombre y rebajarlo al rango de un simple instrumento, caería ella misma en el vacío (3). Para las grandes empresas es preciso afirmar primero el yo espiritual; todo germen de socialización reside en lo interior de la vida humana; y, cuanto más seguridad tenga el hombre de sí mismo, seguridad que sólo obtendrá interiorizándose en su conocimiento, mayores serán sus éxitos y más sociales sus obras. Más seguro andará por el mundo quien tenga en sí mismo un firme soporte y un sostén incommovible.

Así, interiorizándose más y más, viviendo vida íntima, enfervorizándose, va poco a poco el alma mística abstrayéndose de todo lo mundano, se suspende de cuanto la rodea, aquieta los sentidos, ata la imaginación, crece la intuición intelectual y la voluntad opera en vista al Bien Supremo que la

(1) SANTA TERESA. *Las Moradas*, Cap. III de las cuartas, 185.

(2) MENENDEZ PELAYO. *Estudios de crítica literaria*, 1.ª serie, página 45.

(3) SANTA TERESA. *Las Moradas*, pag. 87, nota.

(4) R. ENCKEN. *Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo*. Trad. española de N. Salmerón y García. Madrid, Jorro, 1912, pág. 313.

atrae y que entra en el alma para producir aquel matrimonio espiritual, tan ricamente descrito por Santa Teresa.

Pero ¿no es, ello acaso la renuncia del propio ser? ¿Cómo puede entonces hablarse de la expresión del alma, que en esto consiste precisamente la socialización del misticismo? Sin haber estudiado las verdades teológicas, de acuerdo perfecto con las leyes psicológicas, explica la ilustre autora de las *Moradas* con hechos de experiencia, lo que con pruebas de razón aducía Santo Tomás y que sabiamente sintetizó el Dr. Torras y Bages: No, no es la santidad un adormecimiento de las facultades, sino al revés, la actividad suprema del alma; no podemos tener una actividad absoluta, porque entonces seríamos como Dios; pero, a medida que en nosotros lo activo vaya venciendo a lo pasivo, que en esto consiste la virtud; así que las potencias hayan llegado a su último grado de perfección, es decir, cuando todas las fuerzas latentes del hombre llegan a desplegarse de manera que todas están en ejercicio, toda su virtualidad trabaja, y toda su fuerza se emplea, y entendimiento y voluntad y sensibilidad de consuno obran y con conocimiento vivísimo se ejercen; cuando no hay en nosotros elemento alguno vivo, entonces es cuando nos acercamos a aquella existencia adorable cuya esencia es la actividad y la vida» (1).

No es, no puede ser, pues, el misticismo egoísmo, anquilosamiento de cuerpo y alma, emboamiento, histerismo o catalepsia, sino actividad, caridad abrasante, embebecimiento, fortaleza de voluntad, crecimiento del sentimiento social. Sólo los que no comprenden el misticismo porque lo juzgan a lo incrédulo pueden afirmar con W. James (2) que

(1) Ob. cit., pág. 89.

(2) *L'expérience religieuse*. París, Alcan, pág. 301.

no hay en él nada útil a la humanidad, nada que atestigüe la existencia de alguna preocupación social. Contesta la Santa al psicólogo norteamericano con aquellas hermosas páginas que condenan todo el imperialismo de un espíritu en busca de la conquista de las almas (1). «¿Para qué pensáis que con aquellas inspiraciones que he dicho o por mejor decir aspiraciones, y aquellos recaudos que envía el alma del centro interior a la gente de arriba del Castillo y a las Moradas que están fuera de donde ella está? ¿Es para que se echen a dormir? ¡No, no, no! que más guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas las potencias y sentidos y todo lo corporal, que les ha hecho cuando estaba con ellas padeciendo!» (2) Gustoso es el descanso del cuerpo sin trabajar y regalada se halla el alma en ello, pero es mejor trabajar en favor del prójimo (3), y así, si es provechosa para el alma la oración, no lo son menos las obras que encienden el amor.

Hay que afirmar una vez más este carácter activísimo del misticismo católico, que no el quietismo heterodoxo, ni estos pseudomísticos que pretenden presentar como piezas de experimentación los psiquiatras modernos. Los que han leído a Santa Teresa, pero no la han comprendido, porque les faltaba a unos la condición de católicos y a otros la de españoles, han podido admirarse ante los prodigios espirituales de la Virgen de Avila, y aun hay almas piadosas que ven sólo en ella una criatura elegida por Dios para enseñarnos los divinos regalos de las almas escogidas. Pero, búsquense detalles del misticismo Teresiano, analícese el mismo en sus distintas fases o en el conjunto, y se verá siempre que la vida mística de Santa Teresa no consiste

(1) M. DE MONTMORAND. *Psychologie des mystiques catholiques orthodoxes*. Paris, Alcan, 1920, pág. 213.

(2) *Las Moradas*. Séptimas, Cap. IV.

(3) *Fundaciones*, V.

sólo en una sucesión de prodigios a lo divino, sino en un obrar eficaz, activísimo, de apostolado prolífico y de fuerza profunda. ¡Cómo no, si su centro era Dios, y su ley la autoridad suprema de la Iglesia!

Toda la labor Teresiana consistió en la salvación de las almas (1), obra de santa socialización de redentora eficacia. Ante los ataques luteranos contra la vida contemplativa, ante los ebrios gritos de monjes libertinos que rompían los sagrados votos, Teresa de Jesús viene a fortalecer a aquélla, que es como la esencia del cuerpo místico de Jesucristo, y reforma con vida de mayor perfección la Orden Carmelitana. No consiste el valor social del misticismo de Santa Teresa en lo que hoy se ha llamado «acción social», tan conveniente en nuestros días, ni en recorrer el mundo para arrancar de las tierras vírgenes la ignorancia de la fe; el valor social del misticismo Teresiano hay que verlo tal como queda dicho y con los medios y manifestaciones propias de su tiempo.

Sobraban idealismos mal dirigidos, varias veces tuvo la Santa que llamar la atención sobre los embobamientos de sus hermanas; no faltaban beatas y monjas embusteras que fingían celestiales carismas y aun confesores y directores de almas que se engañaban con ellas; los heresiarcas, influídos por la peste luterana, querían introducirla por España, y Teresa de Jesús tuvo alientos contra todos para completar la obra de nuestros monarcas que, como el gran Felipe II, mostrábanse enérgicos y decididos enemigos de la Reforma.

Movió a Teresa de Jesús en su obra una enérgica e indomable voluntad, pero voluntad seriamente formada en las llamas de la divina gracia; su voluntad la llevó a esta cruzada de fundaciones sin

(1) Fundaciones, I.

que le arredraran las múltiples dificultades que de continuo le salieron al paso, desde la oposición de un Nuncio y las contradicciones de algunos preladados, hasta los obstáculos de otras Ordenes religiosas y los disgustos que le proporcionaron algunas díscolas. Ni enfermedades, ni achaques de vejez, ni contratiempos, ni pobreza, ni trabajos le arredran. «Con la paciencia todo se alcanza», y, teniendo a Dios; «sólo Dios basta.» Así reprimía Teresa de Jesús su natural temperamento nervioso que en los años de su infancia llevábala a correrías y que le sirvió siempre para sus obras, pero domando las energías fisiológicas con la fuerza de voluntad.

Fué también acto de voluntad conducida por la obediencia la reducción de sus admirables obras, ciclópeo monumento de las letras patrias en su edad de oro. De su doctrina han arrancado preciosos datos los hombres de ciencia y sus contundentes observaciones personales han servido para pulverizar sectarias tesis lanzadas torpemente por unilaterales escritores. De la belleza de la forma de las páginas Teresianas dan testimonio cuantos las han leído, recordando el broche de oro que a ellas puso el príncipe de la lírica castellana del siglo xvi y todos los críticos que las han entendido. La lengua castellana, cuyo imperial dominio en más de veinte naciones preparaban entonces las plumas de nuestros más preclaros ingenios, encontró en la de Teresa de Jesús la de un obrero que con libertad respetada escultraba las canteras del idioma.

Porque fué así y porque sintetiza esta mujer de geniales facultades el genio de la raza y es la reina de nuestros grandes místicos y ascéticos, la Universidad de Barcelona ha abierto su aula regia para que en ella se coronara dignamente las fiestas teresianas de esta capital organizadas con todo esplendor por esta Ilustre Junta de Damas, y por derecho propio ocupa cátedra docente la hermosa es-

cultura cedida por el Excmo. Sr. Conde de Güell, mi distinguido amigo.

Sin aparatosidades, que no cuadran en las cátedras, yo puedo aseguraros que aquí anualmente se estudia las apropiadas para ello en la portentosa labor de la Doctora insigne, que ha merecido en justicia fuera declarada tal por su Universidad, la de Salamanca, y que manos reales impusieran en su estatua las doctorales insignias, así como hoy honra la realeza a la noble Virgen de Avila y a la Universidad de Barcelona presidiendo este acto representación augusta, dignamente ostentada por una de las más ilustres damas de la nobleza catalana.

SANTA TERESA:
LA MUJER Y LA SANTA

POR EL

Rdo. P. GRACIANO MARTÍNEZ, Agustino



SANTA TERESA: LA MUJER Y LA SANTA

EXCMOS. SEÑORES :

SEÑORAS Y SEÑORES :

Ante todo, la más elemental cortesía me impone un caluroso aplauso y una fervorosa acción de gracias. El caluroso aplauso es para el honorabilísimo Claustro de esta Universidad, tan descollante entre las demás universidades españolas por los eminentes varones de ciencias y letras que han salido y siguen saliendo de su seno glorioso. Bien merecido lo tiene por la generosa prestación de este suntuoso paraninfo para que en él se celebrase esta solemnidad en loor de Santa Teresa de Jesús, siquiera parezca naturalísimo que las universidades la enaltezcan y la honren, por tratarse de una santa cuasi universitaria, digámoslo así, dado el grande amor que tuvo siempre a las letras y a los letrados. ¡ Oh, el himno entusiasta que les entona en mil pasajes de sus libros! «Son gran cosa letras para dar en todo luz» (1); «buen letrado nunca me engañó» (2)... Agradecidísima por temperamento, pues, como ella con gracia inimitable decía, «con una sardina qué me den, me sobornarán» (3), no se

(1) *Camino de Perfección*, c. V.

(2) *Vida*, c. V. Edición crítica del P. Silverio de Santa Teresa.

(3) Carta a la M. María de San José.

cansaba nunca de ensalzar a los hombres de letras. Y cuenta que, a mi humilde entender, más aprendían los letrados de ella que ella de los letrados. ¿Qué extraño, pues, que las universidades la exalten y magnifiquen?

Y la fervorosa acción de gracias es para dos ínclitas damas, a quienes, por pura casualidad, debo el honor de estaros dirigiendo mi modesta palabra en este recinto: la señora de ese preclarísimo español, nuestra actual figura prócer, por excelencia, cuyo aristocrático título evoca tantas heroicas abnegaciones en pro de la patria y tantas pródigas esplendideces en pro de los humildes — y ya todos estáis bendiciendo en vuestro interior a la dignísima marquesa de Comillas — y otra aristócrata insigne a quien sus bondades y virtudes han elevado meritísimamente a presidenta de «Acción Católica de la mujer», de esta Ciudad Condal, y que ha sido, juntamente con el venerabilísimo Prelado de la diócesis, alma propulsora de estas espléndidas fiestas teresianas: — y ya todos estáis bendiciendo en vuestro interior a la egregia marquesa de Villota.

Y califico de fervorosa mi acción de gracias, porque me huelgo muy mucho de cooperar con mi óbolo a la magnificencia del centenario tercero de la canonización de Santa Teresa. Sus hijos saben muy bien la porción de gloria que nos cabe a los de San Agustín, no ya sólo en la difusión del renombre de la Santa, sino hasta en la formación y modelamiento de la portentosa maravilla de su espíritu.

Sabidísimo es que su vocación monjil apuntó en un claustro agustiniano, en el convento de Agustinas de Nuestra Señora de Gracia, donde las hijasdalgo abulenses solían recibir esmerada educación. Fué allí donde el noble caballero católico Don Alonso de Cepeda puso a su hija, en cuanto observó que había languidecido en los cristianos fervores de su infancia y se había dado a la lectura de libros an-

dantescos. Y fué allí, al cobijo del claustro agustiniano, donde remaneció el fervor en ella, y donde, con el fervor, alboreó la gracia divina de su decidida vocación religiosa (1). Las hijas de San Agustín habían logrado enderezar sabiamente aquella alma bellísima, destruyéndole su amorcillo al «traer galas» y andarse «con mucho cuidado de manos y cabello y olores», vanidades que amenazaban hacer de ella una coqueta. Por los senderuelos de la frivolidad, de los que la apartaron aquellas buenas agustinas, obrando eficazmente en su espíritu y moviéndoselo a darse de lleno a Dios, ¿quién sabe hasta adónde se hubiese despeñado Teresa de Cepeda y Ahumada? Reina hubiera sido del mundo y de sus amadores, porque de reina eran sus talentos y sus encantos; pero a buen seguro que no hubiese sido el radioso serafín que a todos los españoles nos hechiza y altivece. Y no por otra cosa las recuerda la Santa, llena de gratitud, ponderando que estaba con ellas «muy más contenta» que en casa de su padre, y holgándose, no obstante, lo «enemiguísima» que se sentía entonces de su monjío, «de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa y de gran honestidad y religión y recatamiento» (2).

¡Bendito claustro agustiniano donde la Santa cobró aquella su afición a mi gran Padre San Agustín (3) que la llevó a entroncarse tan próxima y visiblemente con su gigante espíritu y aun con su inmenso genio! Porque entre San Agustín y Santa Teresa hay analogías radiantes y vibradoras, no obstante ser él un retórico convertido, de mucha facundia y de mucha variedad de saberes, y ella una

(1) «A cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja.» *Libro de la Vida*, cap. III. Edición crítica.

(2) *Ibidem*, c. II.

(3) Lo confiesa la propia Santa: «Yo soy muy aficionada a San Agustín porque el monasterio donde estuve, seglar, era de su Orden.» *Ibidem*, c. IX.

sencilla monja española y mujer feminísima en todo el amplio sentido bueno del superlativo. ¡Cuántas semejanzas entre las *Confesiones* del Aguila de Hipona y la *Vida* de la alondra del Carmelo, escrita por ella misma! ¡Cómo en uno y otro libro rutila el amor de Dios, saltando en chispas prendedoras de cada pensamiento y de cada frase. Son dos monumentos autobiográficos en los cuales palpitan y arden, entre oraciones inflamadas de amor de Dios, dos de los seres humanos más grandes y hermosos que han desfilado por este mundo. ¡Qué pasmoso psicólogo él, y qué pasmosa psicóloga ella! ¡Cuán admirablemente aciertan a sorprender al espíritu hasta en sus más profundos y repuestos sentires! ¡Qué estupendamente hacen ambos la disección de su alma! La personalidad de cada uno resalta vivísima en aquellos estados psíquicos, reflejados por ambos con sinceridad maravillosa. Seguramente no ha habido escritor más personal que San Agustín, derramándose todo entero en aquellas sus *Confesiones*, siempre tan humano, y, a la vez, tan divino. Y seguramente no ha habido escritora más personal que Teresa de Jesús, soltando por su *Vida* todo el hontanar de sus sentires, y siempre tan divina, y, al mismo tiempo, tan humana. ¡Y qué decir el de Agustín, si acaso, sin quererlo él, un tanto retórico y quintesenciado, siempre hervoroso de humildad y de amor! ¡Y qué fabla la de Teresa, tan bullente de gracias y de encantos y siempre trasmanando amor y humildad!...

Y luego vienen las inmarcesibles flores de Fray Luis de León, arrojadas a puñados a los pies de la virgen abulense, cuando aún no se habían enjugado en los ojos de la madre Patria los sentidos lloros por la muerte de la inspirada Doctora mística. «Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa de Jesús, mientras estuvo en la tierra, mas ahora que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes

vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros», escribe el príncipe de la lírica española. Y luego se entusiasma elogiando en sus libros «la pureza y la facilidad del estilo»; «la gracia y buena compostura de las palabras»; la «elegancia desafeitada que deleita en extremo.» Y llega a decir: «en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que habla el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano» (1). ¿Se quiere más alto panegírico de la Santa? ¡Fray Luis de León sirviéndole de heraldo y pregón de gloria por el mundo de la fama y de las letras! ¡Qué altísimo honor lo mismo para la esclarecida Orden carmelita que para mi queridísima Orden agustiniana!

Y no quiero decir nada de la cálida tradición de teresianismo que ha habido siempre entre nosotros, y que, en nuestros días, acaso se ha aquilatado y enardecido más y más, como lo demuestran dos hechos inomisibles que cantan gallardísimamente el amor de los claustros agustinianos a Teresa de Jesús: la soberbia catedral teresiana de Alba de Tormes, acometida con ímpetus de obispo-príncipe medioeval por el inolvidable P. Cámara, y aquella oda en que rompió un día el casticísimo numen del P. Conrado Muñíos, mi tan llorado maestro, que acertó entonces, como nunca, a beber en la fontana de Fray Luis de León, trazando aquella sabrosa poesía, lo más hermoso y galano que ha hecho la musa hispana en loor de la incomparable virgen del Carmelo.

Y hecho este sucinto apunte del teresianismo agustiniano, comenzaré a mostraros mi pálido esbozo de esta mujer, tan encantadora para todo cora-

(1) *A las Madres Priora Ana de Jesús y religiosas carmelitas descalzas del monasterio de Madrid, el Maestro Fray Luis de León, salud en Jesucristo*, Tomo segundo de la edición crítica del P. Silverio, págs. 466 y 468.

zón que sienta y lata en español genuino ; porque es fuerza la amemos arduosamente, y no ya sólo con amor espiritual, sino con el amor carnal de familia, con el amor santamente enorgullecido de la homogeneidad de la sangre. ¡ Oh, poder llamar a Teresa de Jesús compatriota, flor perennemente fresca de nuestra stirpe, caricia eterna del cielo a nuestra patria, beso inacabable de Dios a nuestro espíritu ! ¡ Poder llamar hermana nuestra a aquella mujer, émula de los espíritus puros que asisten al trono del Altísimo, cantándole siempre su amor ! Porque Teresa de Jesús fué definida así por Bossuet : « una criatura que vivió sobre la tierra como si hubiese estado en el cielo ; y que, estando hecha de frágil arcilla humana, casi no ha vacado menos a Dios que las puras inteligencias que brillan siempre delante de El con la lumbre de un eterno amor (1). Así se la presentaba el Aguila de Meaux a la Reina de Francia en el exordio de su grandioso panegírico.

Haced un ligero esfuerzo de imaginación y figuraos un río, no de cristalinas aguas, sino de gloriosos fulgores, y que no corriese hacia abajo, engrosándose al través de campiñas y vegas, para ir a desaparecer en la inmensidad de los mares, sino que corriese hacia arriba, salvando, en invertidas cascadas, cimas y alturas, hasta trasponer las más excelsas cumbres y escalar en rompimientos fulgentísimos los infinitos océanos de la gloria del cielo. Mi fantasía es muy caprichosa, y en una imagen así, es como mejor se representa el vivir inefable de Teresa de Jesús, rompiendo ya hacia arriba, desde la misma infancia, cuando leía y releía las vidas

(1) Elle (la Reina) verra une créature qui a vécu sur la terre comme si elle eût été dans le ciel ; et qui étant de matière ne s'est guère moins appliquée a Dieu que ces pures intelligences qui brillent toujours devant lui par la lumière d'une charité éternelle.— Panegyrique de Sainte Thérèse.

de los mártires y, sin parar mientes en la dureza de los martirios, ansiaba sufrirlos todos, pues el morir por Jesús la embriagaba de divino ardimiento. No había comenzado a vivir, y ya estaba anhelando morir por Jesús, y con bella muerte trágica, llegando a maquinar con un hermanito suyo, y, a escondidas de los padres, la manera de ir a tierra de moros con objeto de conseguir el martirio. En plena niñez, cuando sólo se ansían mimos y halagos, y ¡descollando ya en el ápice de lo sublime, ardiendo en ansias de derramar su sangre por Jesús! ¡ Ah, que sus vivos anhelos de martirio se habían de colmar, pero no en un instante, como ella y su hermanito se figuraban el día en que se escabulleron de la casa paterna, imaginándose llegar en seguida a tierra de moros, el martirizadero con que soñaban! Ella había de arrostrar muchos martirios, y tan terribles por lo dolorosos, como por lo lentos y prolongados. Toda su vida, aun en el apogeo de los deliquios y los éxtasis, había de ser un martirio continuado y tremendo...

Pero eso sí: ella había de mostrarse siempre, a lo largo de su vivir, bellísima, enamorada, lo mismo cuando sus padres debían de estar para comérsela a besos, al verla jugar con su hermanito a la vida cenobítica, en el casero jardín, y teniendo muy en serio, a determinadas horas, su retiro y su meditación sobre las verdades eternas, que cuando, ya en los años maduros, trocada en verdadero serafín con alas y todo que le prestaba el amor, volaba y revolaba, de éxtasis en éxtasis, por las supremas regiones donde mora el Amado. Hasta en el mismo paréntesis de frívola juvenzuela, cuando, merced a inconsiderada amiga, se dejó llevar, poco a poco, de romancescas lecturas, entonces tan de moda en nuestro suelo, se me antoja a mí bellísima y encantadora. Y es, sin duda, que pienso en las deliciosas páginas que, vituperando aquel fugaz parén-

tesis, nos dejó escritas, y en que — lo aseguran todos los inteligentes teresianos — nunca llegó a man-
cillarse de guisa que perdiese la gracia bautis-
mal (1).

— ¿Que se deleitó con libros de caballerías frí-
volos y amorosos?

— No rezaría mucho con ellos lo de «sermona-
rios del diablo», como alguien los bautizó, cuando
no la hicieron perder su pura inocencia.

— ¿Que se adornaba y perfumaba, afanándose
harto por su alifio y aseo?

— Correntísimo, correntísimo en una garrida
mozuela española. Era de muy peregrina hermosu-
ra, y ella lo sabía y se holgaba de que por hermosa
se la tuviese. Sería no ser mujer — ¡y mujer his-
pana! — no haber a solaz, de joven, el pasar plaza
de hermosa...

Y además fueron esas lecturas y esos adereza-
mientos, sorprendidos por la austeridad de su pa-
dre, los que la llevaron al colegio de las Madres
Agustinas, que supieron labrarla como preciosísi-
ma perla para la corona de Dios; pues fué allí
donde alboreció la vocación religiosa que a los tres
o cuatro años la había de señorear del todo, a fuer-
za de divina gracia. La rigidez claustral la espanta
a primera vista; pero la gracia de Dios le sonríe,
prometiéndole inefables dulcedumbres que la ha-
rán sobrellevar victoriosamente todas las rigideces
y todas las mortificaciones. Y la lid entre la divina
gracia y los halagos del mundo estalla en su ser,
que, por algún tiempo, se torna campo de guerra,
donde su corazón es arrebatado cuándo por una
fuerza, cuándo por otra.

(1) No solamente lo atestiguaron sus más doctos confesores,
sino que además lo insinuó la misma Santa en las páginas im-
parecederas de su *Vida*, reconociéndolo verdad la Sagrada Rota
y publicándolo solemnemente en la Bula de canonización el Papa
Gregorio XV.

De un lado, la divina gracia le pinta los inminentes peligros del siglo: ¡ah, que las pasiones la dominarán y jugarán con ella, empujándola, de placer en placer y de descarriadero en descarriadero, por los caminos de la perdición! Y de otro lado, la fantasía le representa, como inllevables, las crudezas del claustro: ¡ah, que las privaciones de la vida religiosa entenebrecearán para siempre sus simpatías y sus hechizos!...

Pero ¿no es lo primero la salvación? Y la salvación de un alma apasionada, como la de ella, ¿no estará mucho más asegurada en el claustro que en el siglo? Y al fin la gracia divina triunfa, y Teresa sonríe a la vida religiosa, y el ángel de la guarda de los claustros carmelitanos se estremece de júbilo viendo a otro ángel de la guarda de ellos que los ha de restaurar en su primitivo fervor, parándolos planteles de santidad, aromosos y enflorados.

Y Teresa se decide a volar al claustro. Su padre, tan íntegro caballero católico, no quería oponerse a los designios de Dios, pero se resistía a que su hija se le fuese al convento. Y he aquí que ella sin decirle nada, a hurtadillas, se desliza una mañana en las Carmelitas de la Encarnación, mas ¡con qué pena tan desgarradora! La pondera ella muy cálidamente en su *Vida*: «cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se apartaba por sí» (1). ¡Qué recio temple de heroína cristiana: de niña se había fugado del hogar paterno, suspirando por el martirio, y ahora se fugaba para encerrarse en el claustro!

Y desde entonces la oración ardiente es su ejercicio de día y de noche, no obstante el tirar con frecuencia de su natural los afectillos del mundo. Su afán era darse toda entera a Dios, en cuyo amor

(1) *Vida*, c. IV.

se abrasaba. Aquello del Salmista: *concaluit cor meum intra me*, mi corazón llameaba dentro de mí, lo podía propísimamente hacer suyo Teresa, de continuo inmersa en vivísimas llamas de divino amor. Y luchando por vivir una vida totalmente seráfica, pasó más de veinte años en aquel convento, donde su Amado la probó con tibiecillas de espíritu que la atormentaban, pareciéndole que no amaba como ella quería amar a su Dios; más no, por eso, dejando de orar y cada vez con más fuerza y ternura. ¡ Oh, el sufrir allí de Teresa con aquel interior combate por sentirse enamorada de Jesús! Porque el propio Jesús parecía abandonarla en desgarradoras sequedades y en persistentes simulados alejamientos. Teresa estaba entonces en plena noche oscura del espíritu, cuando, para la total purificación del entendimiento y de la voluntad, es forzoso, al decir de San Juan de la Cruz, experimentar los amarguísimos desvíos del celestial Esposo. Y aquella oscura noche mística se había de dilatar por espacio de veintidós años, hasta la fecha memorabilísima de serle traspasado el corazón con el dardo de oro de un ángel, y comenzar a vivir aquella vida nueva a que ella se refiere en las páginas imperecederas de su *Vida*: «es otro libro nuevo de aquí adelante, digo, otra vida. Es que vive Dios en mí. La de hasta aquí era mía» (1). Pero no se vaya a creer que cesase ya de sufrir; porque aun en los arrobamientos innumerables con que desde entonces solió el Señor regalarla, no le faltaron dolores agudísimos. Dábanse en ella junta y admirablemente las crucifixiones con Cristo en la cruz, y los sobreabundamientos de gozo en toda tribulación que sentía San Pablo. ¡ Siempre sufriendo, y siempre anhelosa de sufrir más, y siempre inundada interiormente de inefable alegría!

(1) *Vida*, c. XXIII.

Todo lo había menester para la gran obra que Dios esperaba de ella y por la que ella suspiraba: la de llevar a cabo la reforma de la Orden carmelita, que se había relajado hartó en sus fervores primeros. ¡ Ahí era nada el arduo empeño de Teresa! ¡ No escardillar y regar tiernas plantas, sino desforzar y enderezar robles añosos y robustos! Y nada la arredró, porque nada la arredraba jamás, yendo por medio la gloria de Jesús. Ella sabía muy bien que el cristianismo había arraigado en los pueblos a fuerza de sangre de mártires; que las magnas obras de la Iglesia siempre se han realizado, rompiendo a rostro firme por muros de contradicciones; que los apóstoles de las grandes causas no han de temer espadas ni cadenas...

Y así, llena de impavidez, puso manos a la anhelada reforma. Y en vano tronaba la tempestad relampagueando sobre su frente, y en vano le azotaban los vendavales el rostro. Ella sufre horrores, pero jamás cede ni se acobarda. Se la excomulga (1); se la llega a encarcelar en un convento; se llega a decir de ella, como asegura el ingenuísimo P. Diego de Yepes, «lo último que de una mujer se puede decir» (2). ¿Qué más? Hasta se trata de exorcizarla, como si estuviera poseída del demonio, según certifica Fray Luis de León (3). Y ella ¡ siempre adelante, con ánimos de capitana invicta! ¡ Maravilla aquella mujer, perseguida, calumniada, casi siempre enferma y languideciente, y sacando aque-

(1) «Aunque el P. Fr. Angel ha dicho vivo apóstata, y que estaba descomulgada, Dios se lo perdone.» Carta al Padre General Fray Juan Bautista Rúbeo de Rávena.

(2) *Relación de la Vida y Libros de la M. Teresa que el Padre Diego de Yepes remitió al P. Fr. Luis de León*. Tomo II de la obra del P. Silverio de Santa Teresa, pág. 492.

(3) *De la Vida, muerte, virtudes y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús*. Libro primero, por el Maestro Fr. Luis de León. *Ibidem*, pág. 485. Lo dice la misma Santa: «Tan cierto les parecía que tenía demonio, que me querían conjurar algunas personas.» *Vida*, c. XXIX.

llas energías espirituales y físicas de su naturaleza asombrosa!

¡ Ah, que amaba mucho a Jesús, y el amor le hacía, no ya llevaderas, sino gratísimas, todas las cruces! Lo dijo ella, entendedora de esas cosas como nadie, admirabilísima doctora del amor y del sufrimiento: «tengo para mí que la medida del poder llevar gran cruz, u pequeña, es la del amor» (1). Y además ella sabía harto bien que el verdadero merecer no consiste en el gozar, sino en el sufrir. Se lo había dicho el mismo Amado: «Esto me dijo el Señor el otro día: ¿piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y en padecer y en amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció, y ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el Monte Tabor habrás oído mi gozo... Cree, hija, que a quien mi padre más ama, da mayores trabajos, y a éstos responde el amor» (2). La fuente de sus gallardías e intrepideces era siempre la cruz. «Y ansí tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos a la cruz y confiar en el que en ella se puso. Hállome amigo verdadero, y hállome con esto con un señorío, que me parece podría resistir a todo el mundo, que fuese contra mí, con no me faltar Dios» (3).

Ya, tras costosos arrostramientos de dificultades, había fundado su convento de San José de Avila, aquel «rinconcito de Dios», donde pensaba vivir descansada y satisfecha, cuando, cierto día, orando, es arrebatada en éxtasis, y contempla el choque de miles de combatientes en ancho campo de batalla (4). Los religiosos, que son los que combaten de una parte, derrochan heroísmo. Le gusta verles

(1) *Camino de perfec.*, c. XXXII, tomo III.

(2) *Relación XXXVI*, págs. 64 y 65, tomo II.

(3) *Relación tercera*, pág. 17.

(4) *Vida*, c. XL.

los bellos rostros inflamados, y se siente ella también henchida de espíritu heroico para luchar contra los enemigos de Dios; y ya no piensa pasarse la vida en holganza espiritual, en su rinconcito; y se dedica, afanosa a fundar conventos, llena de bélicos ardores, y como sintiendo ser mujer y verse impedida de arrojarse al combate, hervorosa de celo por la salvación de las almas.

Y Teresa acomete impávida aquella cruzada de fundaciones en que hay tantísimo de epopeya. Surgen montañas de dificultades, y montañas de dificultades salva aguerrida. Y en el espacio de diez y ocho años funda treinta y dos «palomarcitos de la Virgen del Carmen», que son treinta y dos oasis frondosos de paz y de santificación. ¿Qué importaba que anduviese adolecida y como agotada? Ella no podía cruzarse de brazos ni interior ni exteriormente. Tenía que estar siempre en acción, y en acción divina. Y no había retroceder ante ninguna fundación, cuando veía claros los designios del Altísimo: la fundación se llevaba siempre a su coronamiento.

Yo me la imagino yendo a fundar a un lado y otro, por esas hispanas llanuras, a veces jinete en mula briosa, que sabe regir a maravilla, a veces pasajera en desvencijada tartana, trocada, por ensalmo, en fervoroso convento, porque allí se ora y se trabaja y se recrea. Y la veo siempre humanísima, y más divina cuanto más humana, charlar con los palafreneros, o los cocheros, que se sometían, gustosos, por unos días, a aquella vida conventual, ambulante. Y cuando pasan a la vera de una iglesia, la miro ir con sus monjitas a visitarla para orar un rato, y, si la encuentran cerrada, arrodillarse a su puerta en breve fervorosa oración. Y cuando dan con algún paraje pintoresco, las contemplo apearse unos instantes a disfrutarlo un poco, para que no las abrume el cansancio. Y

cuando se les echa la noche encima y tienen que posar en alguna de aquellas ventas que tan galanamente nos pintó Cervantes, las observo acomodarse, como mejor pueden, en algún rincón, apartadas del bullicio venteril, y allí mismo constituirse en exiguo convento, hasta que, de amanecida, tornan, gustosas, a la galera o a las mulas.

Y ya llegadas a la fundación, a lo mejor una casona destartada, había que ver a Teresa de Jesús moverse, barrer, limpiar, cocinar, como la más humilde freila, desvivirse porque sus monjitas no se entristeciesen, antes, al contrario, sazonasen las consiguientes privaciones del improvisado convento con francas y sonoras risas, para lo cual les contaba graciosas historietas, o salía a las afueras de la casa, trayéndoles luego puñados de flores. ¡Qué humanísima mujer! ¡Sería de verla entrar en Medina del Campo, a media noche, cuando encerraban los toros (1) que se habían de lidiar al siguiente día, que era la fiesta del pueblo, y ponerse a aderezar inmediatamente en el portal la capillita que, con gran júbilo suyo, tanto había de edificar al pueblo medinés, que acudió, devoto, a adorar a Jesús en su nuevo portal de Belén! ¡Sería de verla fundar en Salamanca, teniendo, ya llegadas las fundadoras, que desalojar el caseron, a regañadientes, sus moradores, los estudiantes que hicieron temer algún desaguisado estudiantil a su compañera de fundación, quien, llena de inquietud—era la Noche de las Animas—llegó a decir a la Santa: «Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríais vos sola?» A lo que muy teresianamente respondió ella, que llevaba dos noches sin descansar: «Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer, ahora déjeme dormir» (2). ¡Y habría que

(1) *Libro de las Fundaciones*, c. III.

(2) *Ibidem*, c. XIX.

verla cuando, de paso para la fundación de Sevilla, llegan a Córdoba, antes de amanecer, y han aquellos apuros para oír misa, pues era día de fiesta — primero el permiso del Corregidor para que pasase el carro por cierto puente; luego el carro que no cabía por él teniendo que ser aserradas unas cosas; después, al dirigirse las monjas al templo, cubiertas con sus largos velos, las miradas y risas y bullicio popular, «porque el alboroto de la gente era como si entraran toros» (1)... — ¿Verdad que en aquellas peregrinas fundaciones hay mucho de sencillamente épico, y que la Santa, al través de esa su épica labor reformadora, aparece siempre estrenua y magnísima?

Y, sin embargo, ¡qué humilde se mostraba siempre! ¡Ah, que para llevar a cabo tan estupenda obra, hubo de darle antes muy hondos cimientos de humildad! Sabía asaz bien el sapientísimo consejo de mi gran Padre San Agustín de que, antes de levantar «magna fábrica de celsitud», había de pensarse en su fundamento. Y de ahí el llamarse tantas veces a sí misma «ruín», «flaca», «pobrecilla», «gusanillo», «monjuela», «hormiga», «pecadorcilla», «la cosa más sin provecho del mundo»... Y sincerísimamente se llamaba todas esas cosas. El ser tenida por santa, porque a cada instante se la veía en éxtasis, la torturaba de modo que pedía ardientemente a Dios no le brindase tan altas delicias. Juzgaba siempre las virtudes ajenas de muy subidos quilates que las propias, y al ver que a ella le prodigaba Dios aquellos inefables regalos, pensaba humildísimamente: «Creo que de flaca y ruin me ha llevado Dios por este camino» (2). Y atribuía a sus muchos pecados — llamábase a veces «piélagos de maldades» — el no sentir jamás altamente de sí: «el haber tenido tantos pecados

(1) *Libro de las Fundaciones*, c. XXIV.

(2) *Relación primera*, pág. 8.

y servido a Dios tan poco debe ser causa de no ser tentada de vanagloria» (1). ¡ Oh, que se sonroja y avergüenza uno al ver a la Santa de los éxtasis acusarse de maldades, ella que conservó toda su vida la inocencia bautismal! ¡ Oh, que las maldades de que tantas veces se acusa están muy por encima de nuestras virtudes! Y ¡ oh, que las flaquezas y ruindades de que tan a menudo se tilda, valen infinitamente más que nuestras fortalezas y nuestras bravuras!...

Y con esa hondísima humildad, ¡ qué gallardía de valor sabía unir, siempre que fuese en ello la gloria de Dios y la salvación de las almas! Vibraba a veces con impulsos de capitán de nuestros tercios. No le bastaba celo ardiente de apóstol, y tenía animosos ímpetus de cruzado. «Paréceme a mi que contra todos los luteranos me ponía yo sola a hacerles entender su yerro» (2), decía en uno de esos instantes de belicosas gallardías. Y en otro, rompe en briosos apóstrofes contra todos los demonios — «que no temería tomarme con ellos a brazos» —, desafiándolos con estas ínfulas quijotiles que tan de perlas había de remedar el hidalguísimo caballero manchego: «ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podéis hacer» (3). ¡ Qué bravísima doncella! Diríase que la influencia de sus caballerescas lecturas pueriles la transformaba imaginariamente en heroína andantesca, que vestía velmez y armadura, y se arrojaba, espada en mano, a combatir a los enemigos de Cristo.

No salió a combatir, pero seguramente ganó ella sola, con las allamaradas armas de sus oraciones, más victorias contra los protestantes que

(1) *Relación cuarta*, pág. 28. Y en carta al P. Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús, repite lo mismo.

(2) *Relación tercera*, pág. 18.

(3) *Vida*, c. XXV.

todos los teólogos y filósofos católicos de entonces con las armas de sus saberes. Como que se puede muy bien decir que fueron los planteles teresianos los pararrayos deshacedores de las nubes heréticas que empujaba contra nosotros la Reforma. Y no solamente escudaron esos pararrayos espirituales a España, sino también a Francia. Dios no podía resistir a aquellos ardimientos de la virgen abulense de querer dar mil vidas por la salvación de una sola alma francesa. Véase cómo hablaba, al oír los estragos del Calvinismo, allende el Pirineo: «Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo u fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían» (1). Y si Francia permaneció católica, debido fué a las encendidas oraciones de Teresa, como se lo dijo en revelación misteriosa el mismo Jesús. ¡ Oh, si Francia meditase bien esas amorosas oraciones, la gratitud que sentiría siempre a Teresa y hacia España!...

La virgen de Avila sabía muy bien el obrar victorioso de las oraciones. Por eso compara a los contemplativos con los alféreces que no combaten en las luchas, pero llevan la bandera y se juegan por ella con ardimiento heroico la vida. «Aunque en las batallas — dice — el alférez no pelea, no por eso deja de ir en gran peligro, y en lo interior debe de trabajar más que todos; porque como lleva la bandera, no se puede defender, y aunque le hagan pedazos, no la ha de dejar de las manos» (2). ¡ Qué bien! Creyérase que, al escribir estas bélicas frases, estaba memorando la hazaña del aquel insigne paisano mío, Gutierre González de Quirós, alférez del Pendón Real en la batalla de Aljubarrota, quien lo llevó con tal bravura, que, habiéndole cortado

(1) *Camino de Perfección*, c. I.

(2) *Ibidem*, e. XVIII.

los brazos, lo sujetó con los dientes, y así lo mantuvo hasta perder la vida, y aun después de perderla, pues, muerto, le encontraron con los dientes asido a él.

Y por eso, en un capítulo que parece escrito con brasas de fuego, les pide ella a sus contemplativas monjas que rueguen con todo fervor por los que riñen las batallas de Cristo contra la herejía y la impiedad, para que sean buenos capitanes. «¿Pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo, y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y estar como quien está en destierro, y, en fin, no ser hombres, sino ángeles? Porque, a no ser esto así, ni merecen nombre de capitanes, ni primita el Señor salgan de sus celdas, que más daño harán que provecho, porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar» (1).

El celo por la salud del prójimo la consumía, y no se cansaba nunca de enfervorizar a sus monjas para que acosasen a Dios rogándole por la salvación de las almas. Y rechazaba la objeción que hacer pudieran de que el orar por los demás disminuyese el orar por el propio provecho, no descontándoseles, así, la pena que en el purgatorio habían de sufrir. ¡Y qué graciosa y abnegadamente lo hace! «Si teméis que no se os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esa oración, y lo que más faltare, falte. ¿Qué va en que esté yo hasta el día del juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma? ¡Cuánto más el provecho de muchas y la honra del Señor! De penas que se acaban, no hagáis caso de ellas cuando intreviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros» (2).

Y concluía el ardoroso capítulo con una plega-

(1) *Camino*, c. III.

(2) *Ibidem*, pág. 22.

ria cuyas son estas vivas frases: «Mirá, Dios mío, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico, y olvidad mis obras, por quien Vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden... No permitáis ya más daños en la cristiandad, Señor; dad ya luz a estas tinieblas» (1). ¡Tan vivo fervor atizaban en ella los estragos que hacían los protestantes por los cristianos apriscos franceses!

Y quien así amaba a las almas por Dios, ¿cómo amaría a Dios por sí mismo? Esto no es para dicho por nadie con el pobre idioma de los hombres, ya que no lo podía decir ella misma con aquel su idioma de los ángeles. Baste saber que no vivía en sí, sino en su Jesús. «Viéntenme días que me acuerdo infinitas veces de lo que dice San Pablo... Que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza» (2). Y de ahí los divinos desposorios que celebró un día con ella Jesús, dándole y todo sus arras misteriosas, poniéndole a su merced la honra divina. Y de ahí los coloquios con su Esposo, cara a cara, disfrutando de su amor y de su hermosura, aquel ir a comulgar muchas veces y ver a su divina Majestad en la Eucaristía y quedarse como anonadada ante El. «Los cabellos se me espeluzaban — dice — y toda parecía que me aniquilaba» (3). Y de ahí la célica lumbre en que se sentía envuelta, a raíz de las comuniones, cumpliéndose en ella, al pie de la letra, aquello de mi gran Padre San Agustín: *nos manducando Crucifixum et bibendo illuminamur* (4), nosotros, comiendo y bebiendo al Crucificado, nos anegamos en luz. Y de ahí sus arrobamientos continuos que hicieron se la llamase «la Santa de los éxtasis», pues andaba casi siem-

(1) *Camino*, pág. 23.

(2) *Relación tercera*, pág. 19, tomo II.

(3) *Vida*, c. XXXVIII.

(4) *Ennarratio in psalm. 33.*

pre extasiada, gozando ya en la tierra de las inefables delicias de su Dios. Y de ahí las profundas nostalgias del cielo que la hacían exclamar a veces: «¡ Oh deleite mío..., y Dios mío! ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra, para tener algún descanso fuera de Vos? ¡ Oh vida larga! ¡ Oh vida penosa! ¡ Oh vida que no se vive! ¡ Oh qué sola soledad!» (1).

El hondísimo desdén de San Ignacio de Loyola hacia la tierra, cuando miraba al cielo, sentíalo Teresa a cada instante, aun ante las cosas más bellas del mundo: «cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, flores, olores, música..., paréceme no lo quería ver ni oír: tanta es la diferencia de ello a lo que yo suelo ver» (2). Hasta el haber de alimentarse le era dolorosísimo, como a San Bernardo, y, sobre todo, si estaba en oración, causándole entonces grandísima pena. Oigámosla a ella ponderarla: «Debe ser grande, porque me hace llorar mucho y decir palabras de aflicción... lo que yo no suelo hacer. Por grandísimos trabajos que he tenido en esta vida, no me acuerdo haberlas dicho, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón» (3). ¡ Y tan recio y tan animoso y tan varonil!

Y en medio de tanta santidad y de tan arrebatado amor a Dios, ¡ qué mujer siempre y qué netamente española! Espíritu jovial, chancero, generoso, magnánimo, en su fisonomía moral resaltan, como mil flores, la serena alegría, el júbilo sano, la bien sazónada agudeza, el gracejo, el donaire... No quería caracteres melancólicos en sus conventos, y solía decir: «¡ Dios me libre de santos encapotados!» Alguna vez, durante el recreo vespertino de los días navideños, salió de la celda cantando,

(1) *Soliloquio VI.*

(2) *Relación primera*, pág. 6.

(3) *Ibidem*, pág. 18.

danzando y contagiando a sus monjas de aquella efusiva alegría. La donairoza gracia de su ingenio femenino se le iba irremediable y naturalísimamente, como se le va el perfume a la flor y la frescura al cristal diáfano del arroyuelo. A menudo chancaba mujerilmente con un humorismo encantador, como cuando le escribía a la M. María de San José, priora de Sevilla: ¡ Oh, qué vana estará allá ahora con ser medio provinciala! »; o cuando ironizaba, perspicacísimamente, hablando de «aquella priorita», o de esta «urguillas de la priora» o cuando, con sonrisa maternal, llamaba «medio fraile» a su «Senequita» San Juan de la Cruz, por lo bajito que era de talla; o cuando le decía «Matusalén» al Nuncio de Su Santidad, Monseñor Nicolás Ormaneto, por lo viejecillo y añoso, no por ojeriza; que era «Nuncio santo», y favorecía mucho la virtud y así estimaba a los Descalzos» (1); o cuando al bendito Fray Juan de la Misericordia, que se había empeñado en retratarla en unas cuantas sentadas, le embromaba así, al contemplar el retrato, que no tenía asomos de obra maestra: «Dios te lo perdone, Fray Juan, que me has hecho padecer aquí lo que Dios sabe, y al cabo me has pintado fea y legañosa.» Ella no ponía bridas a aquella su santa libertad de espíritu de mujer. ¡ Con qué gracia se burla del confe-

(1) *Las Fundaciones*, c. XXVIII, pág. 245. A la muerte de este santo Nuncio, añade la Santa, «Vino otro que parecía le había enviado Dios para ejercitarnos en padecer.» Fué éste Monseñor Segá, el que dijo de ella las famosas palabras: «Fémina inquieteta, andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventa malas doctrinas, andando fuera de clausura, contra el orden del concilio Tridentino y preladados, enseñando como maestra contra lo que San Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñasen.» Y esto fué «lo menos que dijo.» *Las Fundaciones*, nota, pág. 246. Sabido es que Felipe II, viendo lo mucho que se equivocaba el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Segá, en juzgar a la Santa, le nombró cuatro insignes varones, entre ellos el augustino Fr. Lorenzo de Villavicencio, predicador del Rey, hombre de gran sabiduría y gran favorecedor de los Carmelitas descalzos, para que se aprovechara de sus consejos; y que fueron esos insignes varones los que le hicieron cambiar de juicio.

sor simple y sin letras, que si va a confesar a una monja «harála entender que es mejor que le obedezca a él, que a su superior», y si confiesa a una mujer casada, «dirála que es mejor, cuando ha de entender en su casa, estarse en oración, aunque descontente a su marido»!... (1).

¿Cómo, adornada por Dios de tan gentiles dotes, no había de ser queridísima de cuantos la conociesen? Lo dijo ella con su ingenuidad adorable, hablando de las monjas agustinas con quienes, de niña, se había educado: «Todas ellas estaban muy contentas conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y así era muy querida» (2). A todos encantaba aquella mujer que, dialogando tan asiduamente con Dios y discutiendo con teólogos y filósofos, y carteándose con cardenales y reyes, y siendo visitada de duques y príncipes, no se desdeñaba de hablar con labriegos y pajes, y a veces hasta con pícaros de los que abundarían por los mesones y ventas, donde, alguna vez, se veía obligada a pernoctar, y manteniéndose siempre, en su cruzar por la vida, más limpia aún que el cisne que cruza por el lago sin mancharse ni aun mojarse las alas.

Y así es como se erigía un verdadero principado en almas y corazones. Todos la deseaban ver, y sabido es el dicho de un prebendado de que, si, para verla, necesario fuese, anduviera cien leguas de hinojos. Las muchedumbres se apiñaban en sus caminos para besarle las fimbrias del hábito, como a Jesús. Los grandes títulos de Castilla se desvivían por darle hospitalidad en sus palacios cuando iba a fundar o a visitar alguno de sus conventos. Los labradores conducían sus ganados hacia el sitio por donde había de pasar, y la vitoreaban y le pedían de rodillas que se los bendijese. Las doncellitas

(1) *Vida*, c. XIII.

(2) *Ibidem*, c. II.

saboreaban la miel de sus graciosos decires, y corrían, presurosas, a perfumar y embellecer sus claustros. ¿Había algún magnate o algún sabio prevenidos contra ella? La trataban una sola vez, y quedaban encantados, y se declaraban sus decididos favorecedores (1). Bastaba que alguien se le mostrase esquivo y zahareño para que ella le sintiese y conquistase con cerco de triunfal amor. Para todos era un imán atrayentísimo. Tuvo la suerte de decirlo ya mi glorioso hermano Fray Luis: «Nadie la conversó que no se perdiese por ella; niña y doncella, seglar y monja, reformada y antes de que se reformase, fué con cuantos la veían como la piedra imán con el hierro...; que el profano y el santo, el distraído y el de reformadas costumbres, los de más y de menos edad, sin salir ella, en nada, de lo que debía a sí misma, quedaban como presos y cautivos de ella (2). Diríase que el más hermoso serafín de la gloria se había querido hacer mujer y había surgido Teresa, toda encanto, toda hermosura, toda hechizo del humano linaje. ¡Qué mujer más honradora de la mujer! ¡Y esta mujer, gloria del mundo y aun gloria del cielo, era española! ¡Y tan española! ¡De las de hebra genuina y casticísima cepa!

¡ Oh, que todo es luz pura y acrisolada en esa

(1) Sabido es lo que le aconteció al P. Fr. Bartolomé de Medina, catedrático de la Universidad de Salamanca. Recto y duro de carácter, parecíale mal cuanto se decía en loor de Teresa, y hasta llegó a burlarse de ella, tildándola, en plena cátedra ante sus alumnos, de mujercilla que haría mejor con dedicarse a hilar. Súpolo la Santa, fué a confesarse con él, y, al día siguiente, el insigne teólogo comenzaba su lección rectificando de lleno sus anteriores burlas: «Señores: el otro día dije aquí unas palabras mal consideradas de una Religiosa que funda Casas de monjas descalzas, y hablé mal. Hela comunicado y tratado, y, sin duda, tiene el espíritu de Dios y va por muy buen camino...» Después ya nunca se cansaba de glorificar a la Madre Teresa. Vid. *Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes*, por José de Lamano y Beneite, páginas 195 y 196.

(2) *De la Vida, Muerte, etc.* Edición crítica, tomo II, pág. 475.

divina mujer hispana! No hay en ella ni una sombra. No se ha podido poner ni una tilde a su santidad, ni una mácula a su seráfica vida, ni siquiera un reparo a sus doctrinas luminosas, aceptadas de lleno en lleno por la sabiduría de la Iglesia, y como incorporadas al sacratísimo depósito de las redentoras enseñanzas de Jesús. Toda ella es luz pura y acrisoladísima. Es la mujer sol cuyos resplandores alcanzan a iluminar el universo mundo. Doquier se la aplaude, doquier se la bendice, doquier se la engrandece, y no digo se la adora, porque la adoración es sólo a Dios debida, por más que, en lo hervoroso de nuestro culto a Santa Teresa, casi puede decirse que se nos escapan inconscientes chispazos de adoración.

Permitid que se me desborde el entusiasmo. ¡ Oh, que la contemplo sublime en sus Tabores, paladeando las suavidades regaladas que le brinda el Señor, sumiéndola a cada instante en ímpetus y transportes que la embriagan y beatifican! ¡ Y oh, que la contemplo más sublime aún en sus Calvarios sufriendo, sonriente, transverberaciones y desgarraduras de entrañas, y galanteando cada día más enamorada a Jesús, diciéndole que o la mate o la dé más, mucho más que sufrir por su amor!... ¡ Divina! ¡ Divina! No ya sólo no se puede comparar con ella ninguna de las excelsas mujeres gentiles, porque a todas las sobrepuja en lo que sobrepuja la gracia a la naturaleza; pero ni siquiera se le pueden comparar, a no ser quedándose todas muy por debajo, las mismas grandes mujeres cristianas, sobre las cuales puede ella flotar, como sobre rompimiento de gloria, al modo que pintaron a la Inmaculada nuestros Riberas y nuestros Murillos. Yo os digo con toda sinceridad que barrunto, como fundido en ella, y magnificado aún, y como elevado a su potencia suma — y ¡ libreme Dios de querer abreviar su munificencia infinita! — el gran

espíritu de todas las perínclitas mujeres de nuestra patria, desde Santa Engracia y Santa Eulalia, tan glorificadas en los magníficos cantos de Prudencio, hasta la magnánima D.^a Jimena, tan ensalzada por el juglar anónimo del Poema del Cid, y las preexcelsas D.^a Berenguela y D.^a Blanca de Castilla, reinas y madres de reyes y de santos, y aun la misma incomparable Isabel la Católica...

Pero no se han menester históricas divagaciones para rastrear a Santa Teresa en su asombrosa magnitud. Basta contemplarla ocupando su debido puesto en aquella España santa y gloriosa de sus días. El Renacimiento nos había importado una corrupción general de costumbres, de la cual habia sido *La Celestina* espontáneo, naturalísimo brote. El mal había invadido de manera pasmosa hasta los mismos claustros. Para colmo de infortunio social llegaban a nosotros las salpicaduras del Protestantismo. ¡Vaya un Renacimiento! ¡Las espantosas ironías con que a veces rotula ciertas edades la historia!...

Y, sin embargo, ¡qué de maravillas se obraron en nuestra nación, merced a la verdadera reforma de todo, efectuada a raja tabla por Isabel de Castilla y por Cisneros! ¡Quién, tras la aparición de *La Celestina*, habría de augurar aquel siglo ubérrimo de hispana santidad: Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Sahagún, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Luis Beltrán, San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, el Beato Alfonso de Orozco, el Beato Juan de Avila, y, sobre toda esta gigantesca y fulgidísima constelación de gloria, Santa Teresa de Jesús, como su más alto y radiante sol, el más ensalzado por nuestros ilustres varones de ciencias y letras, el más cantado por nuestros vates, el más venerado por nuestro pueblo. ¿Qué digo, por nuestro pueblo? ¡Por todo el orbe! Después de la Virgen María y

de San José, acaso no haya santo que tenga más reflexivo y estuoso culto en el santuario de las conciencias (1). Como a ningún otro cede en aura popular, a ninguno cede tampoco en la veneración cálida y efusiva de las almas. Teresa vive y alienta en todos los nobles pechos católicos con vida plena y robustísima. Lo que dijo mi insigne hermano Fray Luis de León sigue siendo realidad palmaria, no ya sólo en nuestro hispano solar, sino en todo el mundo: Teresa sigue siendo irresistible imán de todos los corazones generosos. ¡ Ah, nada, nada extraño que el venerable Palafox dijera: «creo que, después de la Reina del cielo, no ha habido mujer de más provecho en la iglesia de Dios» (2), ni que San Alfonso María de Ligorio encabezase siempre sus escritos con el nombre de nuestra virgen abulense; ni que el P. Fáber, el gran místico inglés, escribiese: «serían necesarias innumerables eternidades para pagar a Dios la merced inestimable que nos ha otorgado dándonos así a nosotros como a su Iglesia, la seráfica Madre Santa Teresa de Jesús» (3); ni que la Iglesia misma colocase en la Basílica de San Pedro, y al frente de su nave principal, la estatua de esa admirable mujer española con el rótulo de *Mater spiritualium*, Madre de los espirituales!...

Es hora ya de dar término a esta conferencia, y se lo voy a dar, insinuando lo que yo quisiera que fuese nuestro entusiasmo por Santa Teresa de Jesús, y, especialmente, lo que yo quisiera que fuese en la mujer española. Es grandísimo el entusiasmo que está despertando por muchas ciudades de Espa-

(1) El malogrado Lamano aun iba más lejos que yo. Véase cómo escribe: «... si ponemos aparte a la Inmaculada Virgen y Madre de Dios, no hay santo alguno que tenga más altares ni más adoradores ¡aun de aquéllos que no tienen la dicha de adorar a Cristo dentro de su Iglesia!...» *Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes*, pág. 353.

(2) *Cartas de Santa Teresa*, fragmento 76, nota.

(3) *Todo por Jesús*, c. VII.

ña el tercer centenario de la canonización de nuestra virgen abulense; pero yo aún quisiera que fuese mayor, mucho mayor. Yo quisiera que ahora surgiese un movimiento general de glorificación tere-siana, como el que cundió por todo el suelo patrio, cuando, a raíz de haber exhalado la Santa su último aliento, rompieron en grito clamoroso nuestras Universidades, nuestras academias y nuestros cabildos, conmoviendo a Felipe II y haciendo que el prudente Rey pusiese su omnímoda influencia en que se incoase en seguida el oportuno expediente de canonización de aquella mujer, glorificadora, como ninguna otra, de la sangre de la raza. Tan viva e intensa fué aquella explosión nacional de entusiasmo, que persistía aún, cuando, al ser beatificada nuestra virgen abulense, en el año 1614, desbordó en fiestas toda España, y muy especialmente Madrid, que celebró aquel magno certamen poético al cual concurrió, entusiasmadísimo, nuestro inmenso Cervantes, que obtuvo en él un premio honroso cantando en fervorosa canción los éxtasis de Teresa de Jesús. ¡ La alegría general con que se la declaró Compatrona de España, no obstante la oposición de Quevedo, que, devoto santiaguista, temía que ello fuese en desdoro de Santiago, bien que reconociese le sobraban méritos a Teresa, no ya para ser Compatrona de España, sino para serlo de «muchos mundos» que a Dios pluguiera haber creado, para honrarlos con su protección!

Sí, es un hecho sonriente: el entusiasmo de ahora por Teresa de Jesús es también muy para bendecir al cielo. Lo patentiza esta solemnísima fiesta con que ha querido glorificarla vuestra magnífica Ciudad Condal, verdadera perla del Mediterráneo, que, mejor que nunca, merece los clásicos loores que le consagró el sin rival Don Quijote de la Mancha, al llamarla «archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de

los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y, en sitio y en belleza, única» (1). Poco desmerecerá esta solemnidad universitaria de las que, el mes pasado, hubieron de celebrarse en la Universidad salmanticense y en Alba de Tormes, con motivo de imponer a la autora de *Las Moradas* el birrete de Doctora *honoris causa*, que le confirió por aclamación el claustro universitario de la antigua Atenas española, birrete labrado de joyas espléndidas, donadas gustosísimamente por la flor de nuestra aristocracia femenina.

Pero, lo repito, yo aún quisiera que fuese mayor ese entusiasmo, y, sobre todo, yo quisiera que entre las compatriotas de la Santa hubiese además entusiasmos de otra índole. Bien, muy bien que nuestras damas próceres se hayan desprendido de joyas preciadísimas para que con ellas se labrase el birrete doctoral impuesto a Teresa de Jesús. Pero yo quisiera que el honor de los honores que mis compatriotas consagrasen a la Santa, hubiese de consistir en imitar y propagar su espíritu divinamente civilizador y santificador, siendo, a semejanza suya, no sólo amantes de la virtud, sino también entusiastas de las letras.

Como esmalte sobre oro se me antoja que viene aquí aquella viva recomendación de las letras que hacía la Santa: «tiempo verná que aprovechen al Señor y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir a su Majestad» (2). ¿No es cierto que, como esmalte sobre oro, les viene ahora a nuestras mujeres esa vivísima recomendación teresiana? Yo no creo que estuviesen tan lejos aún de poder desempeñar el traseendentalísimo papel que les imponen

(1) *Segunda parte del Quijote*, c. 72.

(2) *Vida*, c. XV.

las novísimas necesidades de la patria y de la religión, si pudieran hacer suya esta frase de Teresa de Jesús: «siempre fuí amiga de letras» (1). ¡Sean amicísimas de las letras! La cultura habrá de ser la base de bronce de todas sus justas reivindicaciones sociales y familiares. Y eso aparte de que la cultura debe, por sí misma, como venero que es de riquísimos espirituales disfrutes, ser amada de la mujer. ¡Ah, que por eso la Santa, con suplicante modestia, como para que no se sobresaltasen los antifeministas de entonces — que serían un grano de anís... casi todos los hombres y casi todas las mujeres, — se atrevió a vindicarla para su sexo, escribiendo esta frase que, a guisa de blasón inmortal, debía esculpirse al frente de todos los centros docentes femeninos: «que tampoco no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor» (2).

Y perdonadme, muy amadas compatriotas, que siempre que os hablo haya de salir, de una u otra manera, con apercibimientos y amonestaciones, inculcándoos la cultura, como si no lo hubiese ya hecho con harto ahinco en el libro que por vosotras y para vosotras escribí, bien poco tiempo ha. Es que yo estoy profundamente persuadido de que sólo por el camino de la cultura sólida, maciza y rezumante de espíritu cristiano, podréis llegar a la conquista de los legítimos derechos femeninos que empedernidamente os vienen regateando los Gobiernos, conquista sin la cual no ha de realizarse lo que debe ser vuestro ensueño de oro y rosa: el influir tan poderosamente en la regeneración de nuestra patria que la forcéis a dejar para siempre la ingloriosísima cuesta abajo por donde la ha empujado el antipatriotismo liberalesco, y a enderezarse otra

(1) *Vida*, c. V.

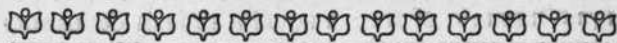
(2) *Conceptos del amor de Dios*.

vez cumbre arriba, por donde la había enderezado la Santa Teresa del trono, Isabel la Católica, que fué quien la impulsó hacia aquellos magnos, inmortales días, cuando en nuestros dominios no se ponía nunca el sol...

SANTA TERESA
EN LA PEDAGOGÍA

FOR LA

Srta. CARMEN CUESTA, de la «Institución Teresiana»



SANTA TERESA EN LA PEDAGOGÍA

EXCMOS. SEÑORES :

SEÑORAS Y SEÑORES :

Sean mis primeras palabras para ofrendar el homenaje de mi modesta peroración a mi madre Santa Teresa y a la ilustre dama que representa a nuestra Reina, y sean inmediatamente después para enviar un saludo a Barcelona, emporio de la actividad y de la industria; y en seguida debo apresurarme a deciros, velando por los fueros de la verdad, y rindiendo un tributo a la justicia, en atención a los organizadores y en descargo de mi propia conciencia, que no soy yo quien habla: es la «Institución Teresiana», quien por su amor ardiente a la Santa más grande del orbe y de los siglos sí tiene derecho innegable, legítimo, si vosotros le perdonáis que se haya equivocado al elegir para representarla en estos momentos a su hija más inepta, a unir su voz en este concierto sublime, donde se fusionan la majestad augusta, puesto que tiene una dignísima representación, la elocuencia arrebatadora, la ciencia, la juventud, el arte, la poesía y el amor, para entonar un himno a aquella mujer que «es de la Hispania perla preciosa»; a aquella Santa, que no pudo nacer en otra parte «porque tal reino había de ser el que tal mujer llevase»; a aquel serafín humanado; a aquel dechado inestimable; a

aquel trasunto divino ; a aquella síntesis de los mas hondos y caros sentimientos de un pueblo, que, al cantarla, rememora un pasado glorioso, es heraldo de un porvenir brillante y hace profesión gallarda y sentida de su fe y su españolismo, porque decir Teresa es decir patria, y pronunciar su nombre es bendecir a Dios.

Era uno de los oradores más elocuentes y fecundos de no ha muchos años el que, con un convencimiento que pone pavor en mi pecho y cortapisa a mi palabra (si no fueran bastante para ello las circunstancias que me rodean), decía, hablando de la Santa, que parece ya lugar en todo extremo común cuanto de ella se diga ; y es verdad que ya nada nuevo puede decirse de esta mujer sin igual en la historia de los tiempos, porque el lenguaje y la inspiración han agotado en ella la sublimidad de sus conceptos y la galanura de sus frases. Y esta afirmación es verdad, y turba ciertamente el espíritu ; pero hay una faceta admirable en esta piedra preciosa que quizá no se ha estudiado tanto, y es en la que las hijas de Santa Teresa, que tenemos como misión coadyuvar a la formación de la juventud femenina, encontramos una modalidad delicadísima de aquel espíritu henchido de ciencia celestial, porque como ningún otro bebió en la misma fuente de la sabiduría increada.

Si yo dijera, señores, que iba a considerar a Santa Teresa como una de las figuras más relevantes de la Historia, que se agiganta a medida que corren los tiempos, o como un faro de luz esplendente, que derrama sus fulgores divinos por todos los ámbitos del mundo, seguramente nadie tacharía de hiperbólica mi afirmación ; pero si digo que voy a considerar a Santa Teresa como una de las primeras figuras de la Historia de la Pedagogía, como una verdadera pedagoga, que se adelantó a muchos que ocupan un lugar preferente en este

orden de estudios, alguien dirá que, en un exceso de admiración, pensamos que no hay ni una manifestación del entendimiento ni de la actividad humana donde no creamos que descuella soberanamente, y esta censura, que puede ser justificada en algunos aspectos, a pesar de los variadísimos matices de «un corazón tan grande como las arenas del mar», es una réplica completamente gratuita a mi tesis, que trataré de probar, si vuestra benevolencia me acompaña. Pues qué, decidme, señores: ¿no tiene derecho a este título la que ha superado a todos los hombres de todos los tiempos en el difícilísimo arte de las almas; la que en sus hijos ha formado una pléyade de santos y de justos; «la que ha sabido comunicar con tanta abundancia el ardor de su caridad y los rayos de su sabiduría»; la que ha mostrado a la humanidad las vías más seguras para la consecución del fin supremo; la que ha legado a la posteridad los más secretos arcanos de la doctrina celestial; la que ha realizado el ideal más perfecto a que puede aspirar criatura humana?

Yo bien sé que de algunos labios se escapa una objeción que, aun antes de que se formule, quiero rechazar rotundamente: Santa Teresa fué un genio; por eso no tuvo sistema (otros muchos que se consideran como pedagogos tampoco lo tuvieron); por eso no hay un encadenamiento riguroso en sus ideas; abarcó de una sola mirada el ancho horizonte de la Pedagogía; y si en Literatura rompió los moldes de la Preceptiva, y, a pesar de eso, fué la figura más saliente de un siglo de oro, sin método ni sistema, fué en Pedagogía maestra consumada de muchas generaciones.

No hay volumen de Pedagogía, señores, donde no se hable más o menos extensamente de la importancia y de la necesidad de la educación, y, sin embargo, ¿dónde más sintética y admirablemente se expresa que en aquel primer aviso de nuestra

Santa cuando dice: *La tierra que no es labrada llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil; así el entendimiento del hombre?*

Es elemental, al hablar de la Pedagogía, decir que ya no es un estudio abstracto del sujeto de la educación; que Rousseau, rompiendo la tendencia finalista de la Edad Media, atrajo la atención hacia la naturaleza del niño; que Herbart dió carácter científico a la Pedagogía encontrando su verdadero fundamento en la Psicología y la Ética; y sin detenerme a analizar, porque no es posible ni hace al caso, los sistemas muy discutibles de estos pedagogos, de todos manoseados y conocidos, ¿no revela nuestra Santa que se da cuenta perfecta de que la educación es adaptación *a cada individuo* cuando le dice a la Madre Ana de San Alberto: *Mas esté advertida que no las ha de llevar a todas por el mismo raseró. Y en otra parte manda acomodarse a la complexión de aquel con quien se trata: con el alegre, alegre, y con el triste, triste; en fin: hacerse a todos para ganarlos a todos.*

Y es porque es una gran cosa entender un alma y saber lo que ha de hacer para ir aprovechando, y, para no equivocarse, estudia la naturaleza humana y sabe que es flaca; que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor; que no crece el alma como el cuerpo; que así como en este mundo hay tiempos diferentes, así en el interior, y no es posible menos.

Y si Herbart fundamenta la Pedagogía en la Psicología, con general aplauso, y, por tanto, se impone estudiar la relación íntima de los fenómenos psicofísicos, y la sutileza de los fenómenos espirituales, y proclamar la necesidad de la introspección y la experimentación, Santa Teresa, sin sistematización, pero con su sabiduría y naturalidad características, nos dirá que *participa esta encarceladita de esta pobre alma de las miserias del*

cuervo; mostrará que no le es desconocido que son tan dificultosas de decir y de manera que se puedan entender estas cosas del espíritu, interiores, cuanto con más brevedad pasa; entiende que es necesaria la introspección, y le dice (al alma) que esté cierta que fuera de este castillo no hallará seguridad ni paz; que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya está tan llena de bienes si la quiere gozar; pero así como los psicólogos imparciales no son exclusivistas en sus métodos, ella, la Santa de las divinas sutilezas, no se conforma con solo eso, y gusta también salir fuera, porque tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mismos, no me espanta que esto y más se pueda temer; y por eso quiere la experiencia, porque en todo es gran cosa que da a entender lo que nos conviene, y, en su consecuencia, goza penetrando el espíritu de sus hijas, y dice de una: Bien ha entendido mi espíritu el suyo, aunque no le he hablado.

Pugnan por salir de mi boca textos numerosísimos que confirman su sagaz penetración en el espíritu de los demás para fundamentar, sin decirlo, en los principios de la naturaleza y en las leyes de la educación, las normas de formación de sus hijas. ¡Y ya lo creo que las forma! ¡Y cómo las conduce a su fin, al término de su perfeccionamiento, a su ideal! ¡Este es el punto culminante, en el que aparece como maestra sapientísima! Su fin es Dios; su ideal, conformarse en absoluto con su voluntad, poseerle; y como, cuando el ideal se ha realizado, se llega al dominio absoluto de sí mismo, se es libre, se ha consumado la perfección, la educación ha cumplido su objeto, Santa Teresa ha tenido en cuenta esas mismas verdades inconcusas de la Pedagogía, y, sin apartar de su vista el fin, como excelente educadora, dice: *El verdadero amor de Dios, si está en su fuerza, ya libre de cosas de (la) tierra del todo y vuela sobre ellas.*

cómo es Señor de todos los elementos del mundo, y así no os espantaréis, hermanas, de lo mucho que he puesto en este libro por que procuréis esta libertad; e insistiendo en que la perfección suma está en realizar plenamente el fin, dice: Llegada un alma aquí no es sólo deseos los deseos que tiene por su Dios; Su Majestad le da fuerzas para ponerlos por obra. No se le pone cosa delante en que piense le sirve que no se avalance.

Decidme, señores: ¿Dónde estará el sistema educativo, formulado por nuestros más insignes maestros, que haya logrado realizar su fin, sea el que quiera, tan cumplida, tan plenamente? En verdad que es inexplicable que Santa Teresa no ocupe un lugar preferente en la Historia de la Pedagogía.

Pensarán algunos que esta Santa, que tiene la ciencia infusa y su doctrina esta dictada por el Espíritu Santo, pues ella misma confiesa que *Su Majestad fué siempre su Maestro y El ha sido el libro verdadero donde ha visto las verdades*, llega ahí por medios extraordinarios que no están al alcance de los demás educadores; pero nada de esto. Es afirmación unánime que, si es la mujer más divina, es también la más humana, y lo admirable en ella, lo prodigioso, lo que cautiva y arrebatada es que se da cuenta perfecta de que *se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor*; que para vencer la naturaleza hay que luchar, *porque todos los principios son penosos* (dice al Padre Nicolás de Jesús, y al P. Gracián le amonesta): *No se desanimar si alguna vez cayérede para dejar de procurar ir adelante, porque no piense, mi Padre — añade — perfeccionar las cosas de golpe.*

¡ Con qué discreción procede siempre! Ya lo dice ella que *en todo es muy necesaria discreción.*

Y, como si hubiera leído a los pedagogos más notables, tiene especial cuidado en ir paulatina-

mente fortaleciendo la voluntad por la formación de hábitos, para *poquito a poco ir acostumbrando al alma con halagos y artificios, para no la amedrentar; es menester mucho artificio, y si no es así poco a poco, nunca haremos nada, y el que no deja de andar y ir adelante, aunque tarde, llega.*

Ella lo que pretende a todo trance es llegar a esa firmeza de carácter, a esa determinación necesaria para conseguir el dominio de sí mismo, la meta del ideal, y por eso dice: *Que importa mucho, y el todo, una grande y determinada determinación de no parar hasta llegar a la perfección, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, mormure quien mormurare, mas que se hunda el mundo.* Por eso insiste mucho, mucho, en esto; tanto, que me haría interminable citando sus textos, y aconseja que *no se haga ningún caso del miedo que pusieren ni de los peligros que pintaren, que la cosa está en tener la intención recta, la voluntad determinada de no ofender a Dios.*

Pero, para llegar a esa resolución avasalladora, nada de encogimientos de ánimo, sino que, por el contrario, franqueza, alegría, grandeza de alma. *Teme a los santos encapotados, y valdría más no fundar que llevar melancólicas que estraguen la casa;* y en un momento encantador, como muchos de los suyos, casi suplica a sus hijas en este punto, diciendo: *Ansí, no os apretéis, porque si la alma se comienza a encoger es mala cosa para todo lo bueno.*

¡Qué arsenal de reglas, y de normas, y de bellezas, y cómo se tortura el ánimo cuando debe callar las grandezas que se esconden en los infinitos pliegues de ese corazón inflamado!

Asegurando que *son gran cosa letras para dar en todo luz;* deseando que las prioras se procuren buenos libros, *porque es en parte tan necesario este*

mantenimiento para el alma como el comer para el cuerpo; amando las ideas y la luz como el pedagogo más exigente, porque este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfección es todo nuestro bien, sabe, como el psicólogo más consumado, que las ideas, para que sean eficaces, deben pasar de ideas luz a ideas fuerza, y así, quiere que sus hijos aviven sus sentimientos, porque todo lo que se pasa con amor torna a soldarse, y, como si previera la teoría del interés de Herbart, asegura que es cosa clara que amamos más a una persona cuando mucho se nos acuerda las buenas obras que nos hace.

En sus comparaciones, como en aquélla en que el alma es *como un castillo todo de diamante o muy claro cristal*; en las semejanzas que busca tan oportunamente; en las bellísimas intuiciones con que sensibiliza y hace comprensible lo más espiritual, lo más sutil, deja pequeño al celebrado Pestalozzi, el pedagogo de la intuición. En una palabra, se muestra maestra siempre: ahora, pensando que la Naturaleza es un poderoso medio de educación, como cuando recomienda a D. Teutonio de Braganza que *cuando se vea apretado se vaya a pasear donde vea el cielo*; bien preocupándose de la educación física señalando los recreos y el sueño, ya siendo celosísima de la salud de sus hijas, como cuando dice que *si hubiera menester siempre carne, poco importa que lo coma, aunque sea Cuaresma*. Y lo mismo velando por la higiene y recomendando al P. Gracián haya limpieza en camas y pañuelos; y en todo momento dándose a todos, como cuando dice de una enferma que *se la guarden mucho, que más pena le da su mal que todo, y, por caridad, que se regale y que trayan lienzo a su Gabriela*.

Y ¿qué diremos de ella cuando da a la educación toda la importancia que tiene en los primeros

años, como recomienda a su hermano Lorenzo que haga con sus hijos, *porque, si no hay desde ahora gran cuidado, se podrán pronto entremeter con los más desvanecidos de Avila; porque en esa edad hay que tener gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; y no se preocupa así como quiera de este asunto, sino que lo hace porque conoce la influencia del medio ambiente, porque entre cosas tan ponzoñosas una vez u otra es imposible dejarle de morder. Y conoce la influencia del ejemplo, asegurando: Más levanta una cosa de éstas, a las veces, a las almas que diez sermones, pues todos hemos de ser predicadores de obras. Y en reglas de disciplina no hay quien la supere; concede a la autoridad el alcance que podía concederle el más eximio pedagogo, colocándola en ese difícil término medio en que la justicia y la misericordia se abrazan mutuamente, y, en su consecuencia, quiere que el juez sea reto; que los tenga persuadidos de no torcer en lo que fuera más servicio de Dios y más perfección, aunque se hunda el mundo; pero que hasta tanto (que esto es necesario) ha de ser afable y amoroso (hasta que no entienda falta en esto), porque así como es menester mostrarse piadoso y que los ama como padre, es menester esto otro que tengo dicho.*

Y si a través de mis palabras no he logrado, señores, mostrar a la maestra, a la pedagoga, a una figura brillante en la historia de la educación, aquí está resumido su tacto pedagógico mejor que yo pudiera decirlo: *El remedio que podemos tener, hijas (para lograr la perfección), nos dió Dios, ese amor y temor, que el amor nos hará apresurar los pasos, el temor nos hará ir mirando donde ponemos los pies para no caer por caminos a donde hay tanto que tropezar como caminamos todos los que vivimos, y con esto a buen seguro no seremos engañados.*

No sé si he logrado o no demostrar lo que me proponía; lo que sí me atrevo a afirmar señores, es que hay en la Pedagogía de Santa Teresa elementos más que suficientes para construir todo un sistema de educación que como ningún otro conduce al sujeto hasta su término, por medios factibles, naturales, y que, si alguien quiere desvirtuarle, sólo será diciendo que la Santa se equivocó en la elección de fin; pero, ¿cómo probar ahora que el que ella eligió es el único verdadero? ¡Imposible! Pero no es imposible, señores, recordar brevemente, con Juliano, que nuestras almas tienden hacia Dios como los ojos a la luz; y si aún parece poca autoridad, baste citar a San Agustín, que la tiene sin límites y nos asegura que el corazón ha sido formado para Dios, y sólo encuentra la paz cuando descansa en Dios, y, sobre todo, señores, si las causas las llegamos a conocer por los efectos, ¿puede dudarse que el sistema de educación de Santa Teresa es admirable cuando sirvió para formar un tipo tal que después de cuatro siglos vive en el corazón de todos los hombres, y hoy, como ayer, domina el mundo, y subyuga por el amor a los grandes y a los pequeños, y representa el ideal de todo un pueblo que siempre fué grande en la Historia, y que ahora, con la celebración de este Centenario, demuestra que se da cuenta una vez más de sus destinos providenciales; y cuando el mundo sufre la crisis más aguda quizá que han presenciado los siglos, ¡qué bien caro están pagando los extravíos de una Filosofía racionalista, degenerada en un materialismo brutal! El embalsama el ambiente con el renacimiento del misticismo más puro, con el aroma de lo espiritual, de lo divino, feliz recordación y resurgimiento de aquel siglo de luz, de ciencia, de conquistas y de fe; de aquel siglo, apoteosis de las grandezas incommensurables de España, de la España de Feli-

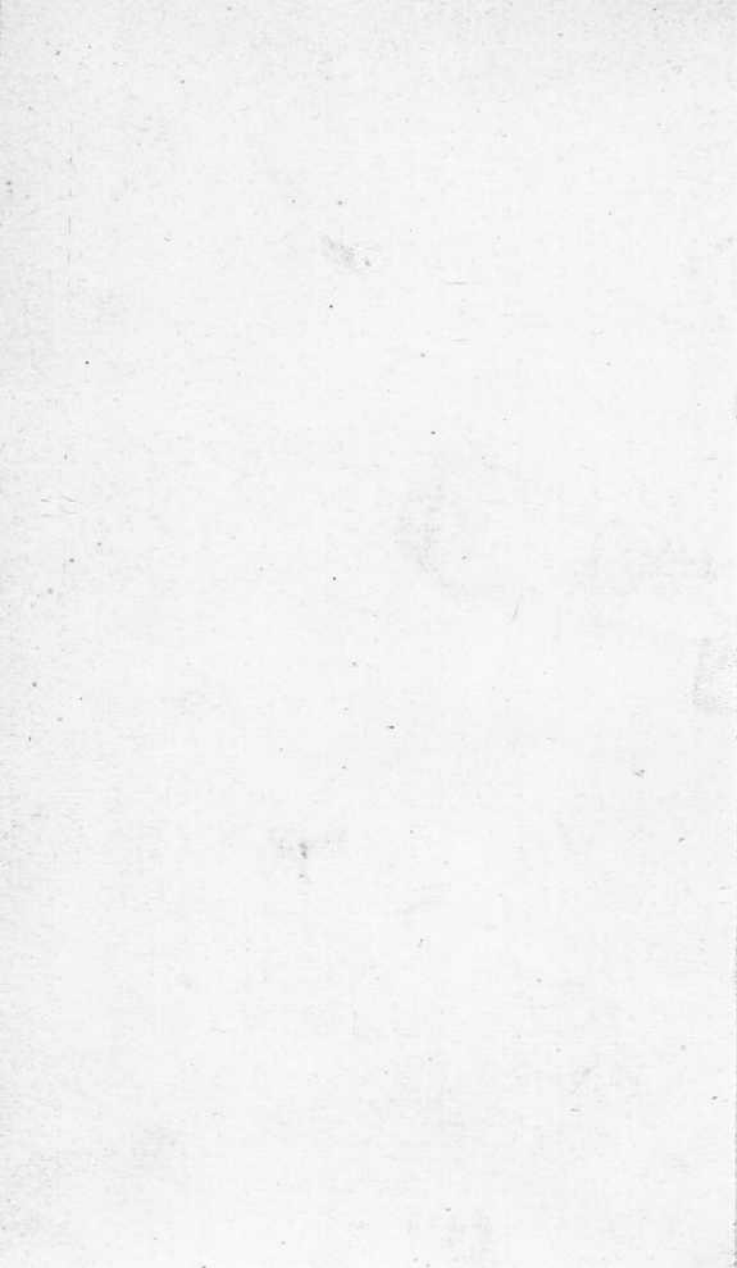
pe II, de la España de Teresa de Jesús. Después de estas breves manifestaciones, permitidme, señores, que termine mi pobre discurso sintetizando la grandeza de la santidad inconmensurable de mi Madre con aquel poeta que, después de aludir en su composición a la diligencia de un San Pablo en alas de su ardiente caridad, y a la austeridad de un San Francisco, y al heroísmo de un San Esteban, dice divinamente inspirado :

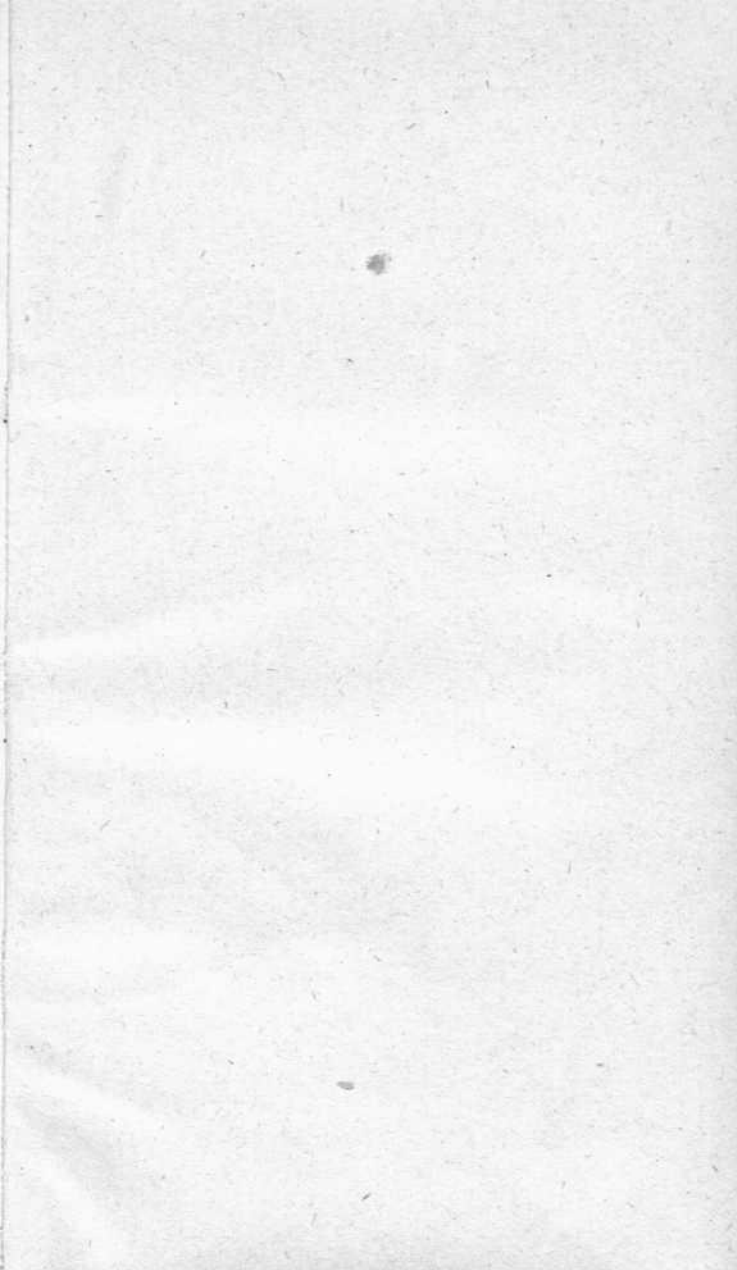
Salió detrás Teresa, y al instante,
para poderlos alcanzar, siguiólos,
que fué, con ser de a pie, gran caminante,
y por que no llegasen ellos solos,
viéndolos que iban ya tan adelante,
por correr, descalzóse y alcanzólos.

He dicho.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
CRÓNICA TERESIANA	9
Barcelona por Santa Teresa	9
Hoy como ayer	11
Solemnes cultos	13
Acto literario	16
Post scriptum. — El Doctor Parpal	19
VALOR SOCIAL DEL MISTICISMO DE SANTA TERESA DE JESÚS	23
SANTA TERESA: LA MUJER Y LA SANTA.	37
SANTA TERESA EN LA PEDAGOGÍA	69







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.

Número.....	2146	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición. »
Tabla.....	3	Valoración actual..... »

2

BL

SA

2146.

BARCELONA

A

SA TERS